



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 3. — Madrid 25 de Enero de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pr. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
 DEL
 SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

TEXTO.—*La decena*, por M. Osorio y Bernard.—*Los grabados*.—*Crónica del Jubileo*, por V. O. B.—*Los ojos*, por Alvaro López Núñez.—*El Papa León XIII y su celo por la restauración de los estudios históricos*, por B. R.—*Mi caballo viejo*, por V. de la Fuente.—*El triunfo de la cruz*, por Carolina Valencia.—*Los nuevos Santos canonizados*.—*Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*.—*Bibliografía*.—*Conocimientos útiles*.—*Noticias*.—*Necrología*.
 GRABADOS.—*Mons. Richard*, Arzobispo de París.—*San Juan Evangelista*, cuadro de Alonso Cano.—*La Virgen de los Donantes*, cuadro de Antonio Van Dyck.

otros sucesos; pero el recuerdo del Jubileo sacerdotal será eterno, como eternas son las enseñanzas de nuestra sacrosanta religión, y como eterna la suprema jerarquía de la Iglesia, aunque la nave del pescador aparezca combatida por la impiedad.

(objeto predilecto de la cariñosa solicitud del Pontífice), y el pueblo de Madrid ha celebrado su tradicional romería de la calle de Hortaleza, con su acompañamiento de panecillos indigestos para las personas, y de paja bendita para las caballerías.

Ninguna de dichas fiestas ha ofrecido, por otra parte, notable particularidad.

Tres fiestas religiosas y populares se han registrado en los últimos días: la de San Antonio Abad, la de San Sebastián y la de San Ildefonso.

La Iglesia con sus preces ha renovado la devoción de los fieles; en el Palacio Real ha señalado también una de dichas fiestas, la del nombre del Niño-Rey

Pasemos ahora al capítulo de teatros:

— ¡No hay actores! ¡No hay actrices!

He aquí la exclamación que á diario se escucha entre todos los amantes de las glorias escénicas. Algunos, deseosos de profundizar el asunto, preguntan tímidamente:

— Pero ¿no existe una Escuela Nacional de Declamación?

Sí, por cierto, la Escuela existe, y todos los años, por más señas, arroja de su seno numerosos alumnos con el primero y el segundo premio, que en seguida suelen renunciar generosamente al porvenir que les ofrece la carrera teatral. En otro país que no fuera el nuestro se habría estudiado á estas fechas semejante fenómeno, y acaso, acaso, se habría advertido que la enseñanza es muy deficiente; que á los alumnos más aventajados se les hace invertir el año estudiando un acto de *El hombre de mundo* ó de *Garcia del Castañar*, la sencillez clásica de *El sí de las niñas*, ó el discretísimo sermón moratiniano de *La comedia nueva ó el café*. Con semejante preparación llega la época de los concursos de fin de año: alumnos y alumnas repiten en público el acto que tienen tan ensayado, se conceden premios y accesits con una prodigalidad verdaderamente española, y el público sigue diciendo:

— ¡No hay actores! ¡No hay actrices!

En Francia, donde son un poquito más prácticos que nosotros, acaba de introducirse una innovación que pudiera traducirse en nuestro país. La Dirección de los estudios teatrales de París ha tomado en arrendamiento una sala de espectáculos, y en ella, dos veces á la semana, se da función por los alumnos, cultivando, como es de rigor, el repertorio clásico. Si así se hiciera en nuestra patria, los alumnos alcanzarían progresivamente el do-

LA DECENA

ON ya muchos los peregrinos que se hallan de regreso en nuestra patria, después de haber satisfecho uno de los más fervientes deseos de su alma, el de ver de cerca al ilustre anciano que hoy ocupa la Silla de San Pedro, presenciar la misa de su Jubileo Sacerdotal, recibir su paterna bendición; recorrer los templos de Roma, donde tantas reliquias se guardan de los mártires del Cristianismo; respirar aquel ambiente, recorrer sus calles, admirar á la Roma cristiana alzándose sobre las ruinas de la Roma pagana; formar parte de la grandiosa manifestación de cariño al Pontífice, dispuesta por el mundo moderno; visitar al augusto prisionero, escuchar acaso sus paternales enseñanzas, y adquirir indelebles impresiones que fortalecen la fe y originan las más risueñas esperanzas. Cuantos han tenido la fortuna de formar en la romería española no olvidarán jamás página tan halagüeña de su vida; los que sólo hemos podido acompañarles con el pensamiento participamos de sus propias emociones, como hemos participado de la bendición que el augusto Vicario de Cristo ha dado á la católica España, y especialmente á cuantos consagran su inteligencia y su voluntad á propagar las verdades católicas, manteniendo viva la fe en los creyentes y apoyando á los vacilantes para evitar su caída en el error.

Las fiestas del Jubileo y de la Exposición Vaticana formarán la página más hermosa en la historia del año 1888, sin que otro suceso alguno pueda eclipsarlas. Transcurrirán los meses y los años; se apagarán memorias de



MONSEÑOR RICHARD, ARZOBISPO DE PARÍS.

minio de la escena; los ingresos del teatro podrían aplicarse á pensiones de los jóvenes que sobresalieran en la profesión, y el público tendría un punto de reunión muy distinto de los que hoy le ofrece el industrialismo. Es posible que la concurrencia no fuera muy numerosa, pero de fijo sería selecta; pues empezando ya á decaer el género terrorífico de Echegaray, sólo nos queda el pornográfico y el aristofanesco que ofrecen los teatros por horas.

No se me oculta que esto daría mayor trabajo á los encargados de la enseñanza; pero sobre producir ingresos que podrían aplicarse á mejorar su situación, no sería difícil confiar la enseñanza á veteranos del arte, para quienes el trabajo personal constituye por sus años ó achaques un verdadero sacrificio. ¿No es un absurdo que el insigne Valero esté recorriendo los teatros de América para atender á su subsistencia? ¿No sería en cambio perfectamente lógico, siendo como es aquél un gran director de escena, que se le confiase la dirección teatral de nuestro Conservatorio, como lo hizo, no recuerdo qué ministro, aunque olvidándose de consignar en presupuestos el sueldo del mismo?

Una dirección acertada, un trabajo constante, la abolición de sistemas desacreditados por la práctica, la renuncia absoluta de estudiar durante un curso entero un acto suelto de comedia, para lanzarlo en el concurso á cambio de numerosos premios; el aumento de asignaturas de la carrera teatral y la práctica permanente de la declamación ante un público verdadero y pagano, aunque también forme parte del mismo las entusiastas familias de los alumnos: he aquí, en mi sentir, los medios que pueden emplearse, si se quiere que el teatro prospere y se desarrolle.

Otros habrá indudablemente, y así lo reconoceré lealmente en cuanto se manifiesten por alguien; porque ello es seguro que el mal, aunque muy arraigado, no ha de ser irremediable, que hasta las enfermedades crónicas se curan, siempre que en la terapéutica haya acierto.

Entretanto será forzoso, siempre que se escuche decir: ¡No hay actores! ¡No hay actrices! contestar invariablemente:

—Tiene usted razón.

* *

Se ha estrenado al cabo *El hijo de hierro y el hijo de carne*; Calvo y Vico han puesto sus pulmones al servicio del nuevo drama, y sin embargo, ni D. José Echegaray ha salido á escena más que cuatro ó cinco veces, ni se le ha acompañado con antorchas á su domicilio, ni los periódicos del día siguiente al estreno reproducen la obra á pedazos.

—¡Está en decadencia! dicen los admiradores del dramaturgo.

Y sin embargo esto no es exacto. El último drama de Echegaray es tan falso como todos cuantos le han precedido; las inverosimilitudes que abundan en él ni son mayores ni de más bulto que las de los otros; las pasiones que pinta son tan exageradas y fuera de lo humano como lo fueron siempre, y en cuanto á los parentescos de sus figuras, sabido es, siendo creadas por el Sr. Echegaray, que han de tener ilegítimo y vicioso origen. En el desarrollo de la acción, en sus recursos y efectos, en sus finales, en todo palpita el carácter, la personalidad literaria del sabio escritor que durante bastantes años ha logrado cegar á los espectadores con sus brillantes genialidades. Y, sin embargo, *El hijo de hierro y el hijo de carne* no ha tenido ovaciones; el público ha dicho que es una obra de plomo; que el autor decae, que va perdiendo...

Error, y error muy grande: es una obra pensada, trazada y escrita por un hombre de ciencia; para muchos ininteligible; para otros absurda; para los que sienten, fría; para todos, pálida y falta de inte-

rés. La prosa en que se halla escrita, inferior á la de *Locura ó santidad*, no tiene otro defecto que el de ser igual en todos sus personajes, sin matices, sin diferencias; ahora, como siempre, los personajes de Echegaray tienen títulos para pretender un sillón académico — hoy en la de Ciencias, como otras veces en la de la lengua, — pero no sienten ni hacen sentir. En *Lo que no debía callarse* se advirtió ya que era lo que no debía callarse; en el *Conflicto entre dos deberes* no existía semejante conflicto dentro de los moldes de la dignidad humana; en *El hijo de hierro y el hijo de carne* no hay lucha tampoco, más que porque al autor se le antoja que la haya. Si los personajes pensarán como el resto de los mortales, ni el padre daría una puñalada al hijo, ni iría más tarde á entregar su vida y su secreto allá donde al autor le conviene que vaya.

No se esfuerzen, pues, las laringes de Vico y de Calvo buscando efectos: los bostezos del público son una opinión muy acentuada. El único autor que tiene entrada en el teatro de la Princesa hará otras obras que, siendo igualmente falsas y convencionales, obtengan triunfos y aplausos, y si no las hace, ó no los obtiene, señal será plausible de que puede abrigarse alguna esperanza en el renacimiento del teatro español.

* *

—¿Qué jornal gana tu criada?

—Tres duros.

—Muy poco es... La mía gana cinco. Sólo que no se los pago.

* *

Tan flaco es de memoria D. Nicomedes, que todas las mañanas apunta en un papel los negocios que tiene que despachar en el día.

Lo malo es que al salir de su casa lo primero que se le olvida es la apuntación.

* *

—¿No sabes quién ha muerto?

—No...

—¡Si todos los periódicos lo anuncian en su cuarta plana!

—Repito que no lo sé.

—Pues, léelo en cualquier diario: «La calvicie ha muerto.»

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONSEÑOR RICHARD, ARZOBISPO DE PARÍS

Monseñor Francisco María Benjamín Richard, perteneciente á una antigua y rica familia de Bretaña, y que podría añadir á su nombre una partícula nobiliaria, nació en Nantes en 1.º de Marzo de 1819. Ordenado muy joven, se hizo notar por su piedad y sencillez, y hubiérase consagrado á la vida monástica si sus superiores no le hubieran juzgado digno de más altos destinos. Después de ejercer su ministerio sacerdotal en Nantes, fué nombrado Vicario de dicha Diócesis, y posteriormente Obispo de Bellay. Su paso por esta Diócesis fué señalado por reformas y fundaciones de alta importancia; y Monseñor Guibert, que había tenido ocasión de apreciar sus méritos, le designó en 1872 como su coadjutor, título que se le confirió con el de Arzobispo de Larisse *in partibus infidelium*.

Monseñor Richard, desde su elevación á estas funciones, compartió la vida austera, ascética y llena de privaciones del Arzobispo Monseñor Guibert. Iguales en sus gustos, en sus costumbres y en sus tendencias, la caridad y la beneficencia caracterizaron todos sus actos. Monseñor Guibert había sido siempre pobre, y Monseñor Richard, rico antes de abrazar la carrera religiosa; pero á fuerza de limosnas y de obras de caridad, semejante desigualdad desapareció muy pronto.

Monseñor Richard fué nombrado Arzobispo de París en 8

de Julio de 1886, al ocurrir el fallecimiento de su predecesor.

SAN JUAN EVANGELISTA

(Cuadro de Alonso Cano.)

En el tomo de LA ILUSTRACIÓN correspondiente al año último acompañamos al retrato de Alonso Cano una breve reseña biográfica del ilustre artista. Hoy reproducimos uno de sus lienzos, que, aun cuando de una sola figura, demuestra las altas condiciones de su autor.

LA VIRGEN DE LOS DONANTES

(Cuadro de Antonio Van Dyck.)

El cuadro de Van Dyck que en este número reproducimos, es copia del original existente en el museo del Louvre y pertenece á la segunda y mas brillante época del autor, en la que pintó sus admirables *Sacras Familias*, sus *Crucifixos* y *Dolorosas* y enriqueció la galería de Windsor y las colecciones de los duques de Devonshire y de Bedford, de los condes de Spencer y Clarendon y otros.

CRÓNICA DEL JUBILEO

Los peregrinos españoles. — Llegada á Roma. — Visita de reliquias. — Reparto de billetes. — Estadística de la peregrinación. — Antes de la Misa. — La Misa. — La bendición *Urbi et Orbi*. — Audiencia particular. — Audiencia pública. — Dispersión general.



TODO es alegría, todo júbilo en la capital del orbe católico. Roma durante las últimas solemnidades ha recobrado el aspecto de los antiguos tiempos, y es imposible transitar por las calles sin tropezar con una muchedumbre inmensa de católicos que llegan de los más apartados confines del universo á rendir tributo á su Padre espiritual el inmortal León XIII, que por permiso de Dios celebra su Jubileo Sacerdotal.

Los peregrinos españoles, no repuestos aún de las innumerables fatigas de tan largo viaje, apenas llegaron á las orillas del Tiber se desparramaron por las Basílicas, por las iglesias, por los retiros donde se guardan las reliquias de los santos y por los lugares de la Roma pagana, purificados y santificados por la sangre de los mártires.

Santa María la Mayor los vió adorar con recogimiento, vertiendo lágrimas de alegría, las reliquias del Santo Pesebre donde nació el Hijo de Dios, el que por amor á la humanidad descendió del cielo, sufrió pasión dolorosísima y muerte de cruz; la escala del pretorio se llenó de fieles, que subieron devotamente sus gradas rezando los Credos que son costumbre y obligación para ganar las indulgencias; el Coliseo, empapado con sangre de mártires y la cárcel Marmertina, último asilo en la tierra de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, han sido visitados por todos los españoles para acreditar con su fe y su devoción que son peregrinos venidos á Roma para santificarse y prestar acatamiento al representante de Dios en la tierra.

* *

Cumplidos estos deberes religiosos, en medio de un tiempo crudísimo y de una no interrumpida lluvia torrencial, que obligó á muchos á suspender la expedición á las catacumbas, no quedaba más que esperar con impaciencia el día 1.º de año, señalado para la Misa Jubilar, y para cuyos preparativos desde dos días antes se había cerrado la Basílica de San Pedro.

El día 30 de Diciembre los individuos que componen el Círculo de San Pedro, institución muy semejante á nuestra Juventud Católica, reunieron á los españoles en uno de los grandes salones del palacio Doria Pempti en la Plaza Narvona, y les repartieron las invitaciones para asistir el día 1.º á la citada Basílica, concurriendo á esta ceremonia el Sr. Obispo de Oviedo, que con sus peregrinos acababa de lle-

gar en la mañana del mismo día. En este acto pudo verificarse el recuento de la peregrinación española, y en virtud de él asegurarse que han venido con ocasión de las solemnidades religiosas á Roma de 1.500 á 1.600 españoles; pues aun cuando se repartieron 2.000 papeletas, debén descontarse unos 500 españoles, que calculo forman la colonia permanente en la ciudad de Roma.

* * *

Llegó por fin el día 1.º de Enero. Desde mucho antes de amanecer innumerables peregrinos esperaban al abrigo de la espléndida columnata del Bernini que se abriese la puerta de Carlo Magno, designada para la entrada en la iglesia; á las seis se puso en movimiento la guarnición de Roma, tomando posiciones en la plaza de San Pedro dos batallones de infantería, uno de caballería, amén de los Carabineros reales, que hacen el oficio de la Guardia civil en nuestra patria.

A las siete era ya grandísima la fila de cochés, formando un cordón gigantesco, que rodeando gran parte de la ciudad venía á desenlazarse enfrente de San Pedro; á las ocho y media todo el mundo estaba en su puesto, desde el elevado representante extraordinario enviado por la reina de España, señor Marqués de la Vega de Armijo, hasta el pobre Cura de aldea; desde la Gran Duquesa de Toscana al humilde húngaro, que en alas de su fe había venido desde los apartados confines de su aldea.

A las nueve y media se presentó el Papa vestido de pontifical, ceñida en su cabeza la mitra de Obispo de Roma, regalo del Emperador de Alemania, rodeado del Sacro Colegio de Cardenales y altos dignatarios de la Corte pontificia y Capítulo de San Pedro; apenas se destacó sobre la silla gestatoria, una aclamación inmensa lanzada por 50.000 fieles resonó por las anchas bóvedas pensadas por Bramante y levantadas por Miguel Angel: el entusiasmo fué en aumento, hasta el punto de conmover profundamente al Papa, que había encargado especialmente no se hiciera esta demostración á su persona.

Poco después empezó la Misa en medio del recogimiento general, oyéndose sólo la música de la capilla de San Pedro, que parecía en momentos tan solemnes música descendida del cielo; tal era la entonación, belleza y abundancia de voces, que distribuídas en tres partes del inmenso templo entonaban los sublimes cantos de la Iglesia.

Cuando el Papa elevó la hostia consagrada fué un momento solemne, todas las frentes se inclinaron, se vieron lágrimas en los ojos de casi todos los espectadores, y hasta el sol, rompiendo las espesas nubes que le envolvían, penetró en el templo, como para prestar sumisión y acatamiento al autor soberano que encendió su lumbre y le señaló como centro del sistema planetario que rige á los mundos.

Poco después concluyó la Misa más solemne que ha oído la generación presente.

* * *

Al terminarse se colocó el Papa en el centro del templo; se despojó de la mitra y se ciñó la tiara, se elevó sobre su cabeza y le cubrió un magnífico palió; se le levantó en la silla gestatoria, y cesó la música que hasta entonces había sonado por las alturas de la cúpula. Había acabado la ceremonia del Obispo de Roma é iba á empezar la del Pontífice, dirigiéndose á los presentes y á los ausentes, al Oriente y al Occidente, al Mediodía y al Septentrión, á los que habitan en las regiones heladas de los polos y en las ardientes zonas del Ecuador, al libre y civilizado morador de París y Londres y al pobre salvaje que vive en el fondo de los bosques de la Australia y en las selvas vírgenes de América, á todos iba á

dar el ósculo de amor y de paz: iba á bendecir á la ciudad y al orbe.

Cuando terminaron las preces de rúbrica el silencio fué absoluto; la voz del Pontífice se oyó clara y distintamente en aquel inmenso espacio, y su mano se extendió, formando la cruz, sobre tantos miles y miles de cabezas, é invocando la protección del cielo hasta para sus mismos enemigos.

Después de esta calma y esta majestad estallaron por todas partes las aclamaciones, se reprodujeron los vivas; la ovación y el entusiasmo fué mayor que al principio, y no cesó hasta que León XIII se perdió con su comitiva bajo las bóvedas de la capilla de la Piedad.

* * *

Pocos días después, una numerosa comisión de señoras españolas, entre las que figuraban las de Bassecour, Retortillo, Eguilior, Rodríguez Avial, Vargas, Carcer, Santaló, Garamendi, Juan de Groizar, y otras que no recordamos, tenían la inefable satisfacción de ser recibidas en audiencia privada, y presentadas á Su Santidad por nuestro ilustre Prelado, para ofrecerle en nombre de las Hijas de María y del Apostolado de la Oración un copón magnífico y un suntuoso cáliz, manifestación cariñosa del inmenso afecto é inquebrantable adhesión que profesan á la cátedra de San Pedro y al Pontífice que en estos momentos la ocupa: todas personas que forman parte de estas piadosas Asociaciones.

A más de ésta, la Sra. de Agüera, en nombre del Prelado presente, ofreció el Obolo para el Dinero de San Pedro de las Diócesis de Madrid y de la Habana, recogido por mediación de las Juntas de señoras de ambas capitales, que ascendió á 270.000 pesetas.

No es posible referir el cariño, afecto y alegría con que Su Santidad habló á las señoras españolas. A todas se dirigió personalmente, les preguntó con tiernísimo acéto por sus familias, bendijo especialmente á los individuos de todas ellas, haciéndoles explicar las obras á que dedicaban las piadosas Sociedades de que formaban parte, y cuya representación llevaban.

Largo rato duró la audiencia, que dejará un imperecedero recuerdo en el alma de cuantas señoras tuvieron la dicha de asistir á ella, las cuales salieron conmovidas profundamente, y dando por bien empleados y recompensados abundantemente los trabajos sufridos para que la Diócesis de Madrid figurase dignamente en el Jubileo.

* * *

El Papa deseaba recibir solemnemente á los españoles. Por fortuna, la necesidad de partir el día 8, que tenían algunos peregrinos, hizo que precipitadamente se señalase el 7 para la audiencia; y digo afortunadamente, porque en vez de una recepción oficial, con los obligados discursos, se encontraron los españoles con una visita del Papa que duró tres horas y media.

Su Santidad nos fué recibiendo por grupos de 200, formados alrededor de las magníficas galerías inmortalizadas por el pincel de Rafael; con todos habló: desde el grande de España y el título de Castilla, hasta una pobre aldeana de Torrelobatón, que no teniendo en su pobreza otra cosa que ofrecer al Papa, le traía un trozo de antigua tela de seda para que con ella hiciese, fueron sus palabras, un vestido al Niño Jesús; sonrióse el Papa, y puso su mano sobre la cabeza de aquella pobre mujer que, en alas de su fe, y casi de limosna, había venido á Roma desde un rincón de nuestra vieja Castilla.

Continuó el Papa largo rato dando su mano á besar á todos los peregrinos y hablando con casi todos. Cuando le presentaban á un Sacerdote ilustre,

algún escritor católico, ó á algún hombre político, se detenía más tiempo. El que escribe estas líneas tuvo la honra de oír frases lisonjeras de Su Santidad y recibir su bendición, así como para su familia.

Esta distinción inusitada, en la que empleó el Papa más de tres horas y media, conmovió profundamente á los españoles; y así se lo manifestaron en su nombre los 14 Obispos de nuestra patria, que le rodearon en tan solemne acto.

* * *

Aquí termina la crónica ligera de la peregrinación. Hoy han salido 150 romeros para Madrid.

El resto saldrá el 17; la dispersión es ya general.

No digo nada de Exposición por no haberse abierto la sección española; cuando se abra, promete ser brillante, á juzgar por los objetos recibidos últimamente.

V. O. B.

Roma 9 de Enero de 1888.

LOS OJOS



REGONAN los cielos la gloria de Dios con la inmensidad del espacio y la grandiosidad de las leyes que le rigen, y la naturaleza organizada también entona su cántico de alabanza á la Omnipotencia divina con las maravillas infinitesimales de los elementos orgánicos, y la exactitud en las condiciones de la vida, y la regularidad en el cumplimiento de las leyes fisiológicas. *Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti.*

Nada tan admirable como este acabadísimo aparato de óptica que llevamos en nuestra faz, así como ventana por donde se asoma el alma á ponerse en comunicación con el mundo que la rodea. En los ojos descubren mil perfecciones los anatómicos que han visto separarse las fibras y abrirse las células para dar paso al filo agudísimo del bisturí ó al influjo desorganizador del reactivo. Pero no hay necesidad de estar en los secretos de la Histología, ni conocer prolijas descripciones organográficas, ni atesorar conocimientos fisiológicos para comprender la grandiosidad representada por las membranas y humores que constituyen el ojo humano.

La descripción de este sentido es por demás sencilla.

El ojo es de figura casi esférica. Su cubierta más exterior es una membrana blanca y visible llamada *esclerótica*, que presenta dos aberturas, una anterior á la que se adapta la *córnea transparente*, y otra posterior que da paso al *nervio óptico*; revistiendo interiormente la esclerótica hállase la *coroides*, encargada de inutilizar, absorbiéndolos, los rayos lumínicos que no sirven para la visión; la *retina*, por último, es la cuarta membrana engastada en la parte posterior del globo del ojo, y que, formándose por la expansión del nervio óptico que penetra por la abertura de la esclerótica, sirve para recibir las imágenes que se pintan en ella, como se pintan en el vidrio deslustrado de una cámara fotográfica las figuras de los objetos que ante ella se colocan. No tenemos aún completo este precioso aparato. Detrás de la córnea existe un tabique, coloreado unas veces de castaño, otras de negro, de azul otras, etc., llamado *iris*, y que presenta en su mitad una abertura que es la *pupila ó niña del ojo*; si penetramos por esta abertura encontramos en seguida una lente diáfana que es el *crystalino*; el espacio que media entre éste y la córnea está lleno de un humor denominado *acuoso* por su consistencia, y el que existe entre el cristalino y la retina hállase ocupado por el *humor vítreo*.

Esto es lo esencial para la visión, aunque hay otros varios órganos que auxilian y completan función tan importante: tales son los músculos que mueven los ojos, los párpados que velan su sueño y

descanso, las cejas que los coronan y protegen, el aparato lagrimal que los suaviza, etc., etc.

¿Queréis saber cómo se verifica el acto de ver? Muy sencillamente. El rayo luminoso, emitido por el cuerpo cuya imagen queremos conocer, llega á la córnea, á la que atraviesa quebrándose un poco, como se quiebra aparentemente la prolongación del bastón que introducimos en el agua tranquila; pasa por el humor acuoso y penetra por la pupila; vuelve á quebrarse al traspasar el cristalino; y así, después de tanta desviación de su dirección primera, atravesando el humor vítreo, llega á la retina, donde pinta el objeto invertido para que el nervio óptico transmita esta impresión al cerebro. Lo que allí pasa para que el fenómeno físico se convierta en vital y luego en espiritual, es un misterio para la ciencia de nuestros días: bástenos saber que en el momento que nuestra retina recibe la impresión luminosa, y los nervios, como correos veloces, la conducen al cerebro, el alma *siente*, nosotros *vemos*. Las relaciones que pueden mediar entre el cuerpo y el alma, constituyen uno de los problemas más graves entre los muchos que dan testimonio de la limitación de la ciencia humana; y no seré yo ciertamente quien ose proponérmelo, existiendo, aparte de mi poquedad en tan ardua cuestión, el propósito hecho al tomar la pluma para escribir este artículo, de dedicarlo á vulgares consideraciones acerca de nuestro aparato visual.

Los fisiólogos encuentran resueltos en nuestro ojo los más arduos problemas y las dificultades mayores con que tropieza la moderna óptica en sus investigaciones, y no se cansan de pregonar las excelencias de tal sentido, confesando su impotencia para explicarse satisfactoria y naturalmente aquellas ventajas. ¿Cómo pintándose dos imágenes, una en cada ojo, no vemos más que una? ¿Cómo recibiendo las imágenes invertidas se ven derechas? ¿Cómo el ojo se acomoda á todas las distancias, y lo mismo sirve para contar los hilos sutiles de finísima tela que para distinguir objetos colocados muy lejos del observador? ¿Cómo se corrige la aberración de esfericidad? El acromatismo del ojo, la estereotipia... Cuestiones son que han dado origen á peregrinas hipótesis, alejadas de la clara explicación científica. Dejemos á los sabios estudiar problemas tan hondos, y veamos lo que son los ojos entre la gente profana.

En primer término, justo es confesar la preeminencia que el sentido de la vista sobre los demás sentidos tiene; el sentido de la vista es el más noble de todos, si es que en las perfecciones orgánicas, todas necesarias, con que Dios enriqueció al hombre, cabe diferencia de linajes: la situación elevada y dominante, palmaria prueba de que el hombre ha nacido para andar en dos pies, aunque algunos naturalistas sean tan modestos que nos quieran asignar la estación cuadrúpeda; la cualidad misma del agente que produce la impresión, que es la luz, uno de los más sutiles flúidos de esos que los físicos llaman imponderados; la peculiaridad de que el objeto excitante obre á distancia sin necesidad de tocar al ojo; la esfera de acción, mayor que la de los demás sentidos; la facilidad con que se abstraen las sensaciones ópticas solamente corriendo las celosías de los párpados, que nos sumen en negra oscuridad; la prontitud con que en la retina se pintan las imágenes, debida á la velocidad estupenda de la luz que recorre 79.000 leguas por segundo, y otras mil y mil perfecciones exclusivas del ojo, causas son que dan al sentido de que hablamos cierta y visible superioridad sobre los otros cuatro que con él constituyen la organización de nuestra sensibilidad externa.

Los ojos exteriorizan casi siempre el estado de nuestro espíritu, y por eso se dice vulgarmente que son el espejo del alma. En el brillo de los ojos, en sus movimientos, en el modo especial de mirar, per-

cibe el enamorado la luz de la esperanza ó la sombra abrumadora del desconsuelo; el médico estudia en ellos el estado patológico del paciente, y á los ojos acude cuando quiere cerciorarse de si la muerte restó una unidad del número de los vivos; en los ojos conoce la madre las faltas de sus hijos, y el hijo prevé, viendo los ojos, el beso ó el castigo de sus padres. Cuando hablamos con una persona miramos sus ojos para encontrar en su mirada la explicación ó complemento de lo que suenan sus palabras; los ojos sincerizan nuestros discursos, siéndonos muy difícil, si no imposible, fingir con los ojos lo que con la lengua fingimos. Los ojos se levantan al cielo buscando á Dios en el momento santo de la plegaria, y se bajan al polvo cuando la vergüenza tiñe de fuego nuestra mejilla; los ojos cantan, los ojos ríen, los ojos suspiran, los ojos lloran; una mirada amenaza y estremece; otra perdona y conmueve con dulzura; unos ojos gozan con expansivo contento, otros sufren con no oculto pesar; éstos desafían arrogantemente, aquéllos se acobardan abatidos; unos brillan con la luz pristina de la conciencia inmaculada, en los otros sombrean las negruras del remordimiento... ¡Oh, qué bien dijo el que dijo que los ojos son el espejo del alma...!

Los artistas buscan en los ojos inspiración para sus fantasías. Cantan los bardos la hermosura de los ojos de sus amadas, comparándolos á la noche si son negros, al cielo si azules, y á las esmeraldas y á las praderas de mayo si son verdes. Nuestros poetas idearon gentiles leyendas en que los ojos son motivo de dulces baladas y melancólicos cantares. Los pintores exteriorizan en los ojos de los protagonistas de sus cuadros las emociones del alma, que se escapan á la habilidad del más privilegiado pincel. Hasta los músicos, con la vaguedad de sus melodías, han rendido culto al sentido de la vista, componiendo sonatas que hacen recordar la mirada de amor ó el fulgor del odio, la luz de la esperanza ó la sombra del abatimiento.

Y si tales excelencias atesoramos en estos globos movibles que se albergan en nuestras órbitas, ¡qué pesar tan grande no causará en el corazón la pérdida del noble sentido! Sólo el pensamiento de que puede uno quedarse ciego estremece de espanto. ¡Qué aislamiento tan horrible el aislamiento del que oyendo la voz de su esposa no ve la mirada de amor que ella le dirige; que sintiendo el calor de los besos de sus hijos no ve las sonrisas purísimas de sus tersos labios; que escuchando las palabras de la madre que le bendicen no puede contemplar las venerables facciones de la anciana. Privado de ver la luz del día y el resplandor de las estrellas y el fulgor melancólico de la luna, y las flores del campo, y los reflejos del riachuelo corriente, y la nieve de los picachos que recortan el velo del firmamento azul, y la pluma pintada de los pajarillos cuyas canciones oye... ¡Infeliz hombre que se ve concretado á la escasa vida del individuo, porque perdió el sentido más sociable; infeliz hombre que se ve desprovisto de medios de defensa y expuesto á las calamidades que produce el abandono...! ¿No se os parte el corazón de pena, caritativos lectores, cuando veis vagar por esas calles de Dios uno de esos pobres ciegos, guiado por un perrillo é implorando una limosna *porque no lo puede ganar?* — La música es compañera inseparable de los ciegos: así veréis á aquel desventurado rasgueando las cuerdas de la desafinada guitarra, ó haciendo sonar con ingrato chirrido las del viejo violín, ó formando agudos silbidos con una mala flauta, cómo os hace oír extrañas melodías que no se sabe dónde aprendió, y que se pierden por esas vías públicas entre la indiferencia glacial de los viandantes.

El sentido de la vista es de los más dóciles para la educación, y uno de los que más de ésta necesitan, si ha de cumplir la misión que se le encomen-

da. El ojo humano inculto en poco se diferenciaría de una cámara oscura; dejad á un niño sin óptica educación, y estará expuesto á mil aberraciones y á ilusiones visuales sin cuento. En cambio el proceso educativo del admirable aparato engendra los grandes pintores y paisajistas, que encaminan su especial interés á la distinción de lugares, de colores, de luces, de sombras; los elegantés calígrafos, aplicando su potencia visual al estudio de los trazos más sutiles de la pluma; los excelentes cazadores, que perciben menudísimos detalles á largas distancias; los tipógrafos hábiles, que hacen volver á la formación correcta la letra diminuta que se separó un ápice de la línea; los bordadores, que cuentan los hilos de las más delicadas estofas; los vigías, que desde lo alto de la atalaya descubren el menor objeto que asoma por el límite del horizonte..., y tantos y tantos testimonios irrecusables de las maravillas que se obtienen aplicando las reglas del arte al desarrollo concreto del nunca bien ponderado sentido de la visión.

¡Oh noble sentido! ¿Hasta qué punto estarán penetrados de tu admirable preponderancia los desgraciados que perdieron tu uso, cuando anteponen en sus deseos tu conservación á la conservación general del organismo? Todos los días oímos á los pobres ciegos esta sentida frase, que con escasa voz nos dicen á cambio de nuestros desdenes:

— *Dios le conserve la vista y la salud.*

ÁLVARO LÓPEZ NUÑEZ.

EL PAPA LEÓN XIII

Y SU CELO POR LA RESTAURACIÓN DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

(Conclusión.)

II

A primera vista parece algo extraño que el objetivo principal de la carta pontificia, que con justa preferencia llama nuestra atención en estos momentos, sea Italia y á los italianos vaya dirigida. « En las frecuentes ocasiones que Nós hemos tenido de fijar la atención en aquellos artificios que mayor confianza inspiran á cuantos porfían por hacer sospechosos y aborrecibles á la Iglesia y el Pontificado Romano, hemos podido conocer que se dirigían con grande empeño y perfidia contra la historia de los tiempos cristianos, y principalmente contra los daños causados por la conducta de los Romanos Pontífices en lo que se relaciona con los destinos de Italia. » Así empieza este documento, que está sin duda alguna destinado á ejercer una influencia poderosa en los talentos que piensan con aplomo y estudian con madurez, como la ha ejercido ya en buena parte de la prensa contemporánea, según lo veremos luego. ¿A qué disimularlo? La Italia ha sido en todas épocas la hija mimada de los sucesores de Pedro; y, por otra parte, es característico y sin igual el papel que en la historia europea ha desempeñado esta región de la tierra, privilegiada bajo muchos conceptos. « La historia de Italia, ha dicho Pastor Díaz, es la historia universal; es á lo menos la historia del mundo civilizado; la que entra como elemento primordial en la genealogía y progresos de todos los otros países. » En efecto, según observa este distinguido publicista, donde más corrió la sangre de los mártires y más hecatombes de víctimas hizo el hierro de las persecuciones, allí tiene su asiento y pone su Cátedra la enseñanza de la Religión y la santidad del Evangelio. Allí de donde huyeron los Emperadores, los reyes bárbaros dejan su solio á los Pontífices. Allí se celebraron los concilios, y las instituciones religiosas tienen su centro

y sus jerarquías. Allí se construyeron por todas partes maravillosas catedrales, y al lado de los castillos aparecen portentos de palacios. Allí iban las cruzadas á bendecirse y los sabios á hacerse doctores. Allí donde iban á guerrear los condottieri, iban á fundar santuarios los monjes. Allí iban á fundar órdenes religiosas los Benitos, los Agustinos y San Francisco de Asís y los hijos de Santo Domingo. Allí, entre el estruendo de la guerra, al lado de las moradas del ascetismo y de la piedad y de la penitencia, entre el estruendo de la guerra y en medio de las convulsiones de la tiranía, la ciencia dilató su imperio tanto como la Religión, y nacieron tantas universidades como conventos. En esta Italia vinieron al mundo Tomás de Aquino y San Buenaventura, Pedro Lombardo y Pico de la Mirándola, y todos los doctores de Bolonia y toda la Universidad de Pavía y los profundos políticos de Pisa, Génova y Venecia. Allí, donde en determinados momentos históricos se levanta é impera la tiranía, es donde más vive, se agita y desenvuelve el espíritu de la libertad; allí, donde se destruye el grande imperio que peleaba por todo el mundo, cada república que se levanta sigue guerreando fuera y conquistando sola; allí, donde se ahoga la independendencia, cada Estado es una soberanía. Allí es precisamente donde se conserva el tesoro intacto de las leyes civiles, la tradición de las instituciones sociales, el hábito y la posesión de las costumbres políticas. Allí tienen su asiento, y ponen su cátedra y ungen á los reyes y enfrenan la barbarie y contienen con mano fuerte las demasías de los que mandan y la arrogancia de los que obedecen, los que son sucesores de San Pedro y San Pablo, *mundi rectores, arbitrique gentium*.

Estas excursiones que *per summa capita* acabamos de hacer en las épocas que, menos estudiadas ó mal explicadas, han valido al Pontificado más denuestos y mayor número de injurias, confirman y justifican el por qué León XIII se dirige con frecuencia á los italianos, ya que ellos fueron el corazón de Europa en aquellos siglos cuyo carácter genuino va tan debatido. Sabido es que en estas horas una conspiración de escritorzuelos, no sólo en Roma, sí que en otras capitales de Italia, y señaladamente en los Estados Pontificios, en folletos y en hojas volantes está haciendo una propaganda feroz, desalmada, contra todo lo que tiene sabor á Papado, corrompiendo así el buen sentido de las masas populares, inoculando el virus de la prevención y de la antipatía en la generación que crece, y seduciendo á no pocos incautos, sin que por desgracia se den con frecuencia de ello cuenta. Por esto el Supremo Jerarca del Catolicismo hace un llamamiento á los hombres estudiosos; por esto clama para que se derrame luz, mucha luz, sobre puntos históricos que son objeto de discusión, para que al fin se haga justicia que reclaman la verdad histórica y el honor del Pontificado, sin que por esto hayan de esquivarse los lunares que se encuentran en todas las instituciones en que intervienen con el hombre sus flaquezas y miserias, que son precisamente legado que todos hemos recibido, sin que por otra parte ninguno de tan gran número de detractores que vociferan pueda arrojar la primera piedra. «Mutilando muy á menudo (leemos en la carta pontificia), ó dejando hábilmente en la oscuridad los que puede decirse que forman los grandes rasgos de la historia, disimularon con empeño los hechos gloriosos y los actos memorables, mientras extremaron el cuidado para hacer notar, exagerándolos, aquellos en que podía señalarse una falta de prudencia ú otra cosa; porque el evitar toda imperfección en estas materias no lo consiente la naturaleza humana.»

Cuando después de la meditada lectura del precioso documento que nos ocupa descansa el espíritu en las serenas y esplendentes regiones de la filosofía cristiana, que es la sola que tiene en su

mano el resorte que esclarece, y explicados los enigmas que acompañan á la humana sociedad en el transcurso de los siglos, contrista y da lástima, y en ciertos momentos dados impaciente y mortifica, que M. Renán nos diga que la verdadera fecha de la historia escrita cual demandan la crítica y el progreso no cuenta más que cuarenta años; que M. Taine asegure, sin probarlo, que la historia científica no la conocieron Bossuet ni Montesquieu, y que su punto principal de partida debe buscarse en las teorías de Augusto Comte. En son de protesta se levantan contra estos asertos, tan inconsiderados como ridículos, todos los monumentos que á la historia han levantado esos grandes hombres que por espacio de tantos siglos y á beneficio de sacrificios y vigilias y laboriosidad asombrosa han llenado los estantes de nuestras bibliotecas, ora en la soledad de los Monasterios, ora entre el mundanal ruido de la vida pública. Es por cierto atreverse á mucho el atreverse á deshacer de una plumada lo que el estudio, la aplicación, el amor á lo pasado, el cariño á lo presente y el deseo de mejorar perfeccionándolas á las generaciones que nos sucedan, han acumulado en el campo de la historia. No de otra manera el niño deshace con leve soplo la burbuja de agua, ó el labrador avienta el polvo de las tardes de la trilla. Si la relación de los hechos ha de ser el eco de un partido político ó la expresión de determinada escuela filosófica sin genealogía que la abone, porque nació ayer, y cuya apreciación de hechos no reconozca otra inspiración que un racionalismo seco descarnado, escéptico, sin relación á la vida que nos espera, tan enlazada con la presente como con la que pasó, no, esto no es historia; es un sistema desesperante, y que de filosófico no usa más que el nombre y aun para prostituirlo. Los estragos que tales principios y tales teorías han producido y están produciendo son desconsoladores; porque si en el orden político un estado sin Dios engendra la barbarie civilizada, que es la más rabiosa de las ferocidades, en el orden moral la historia escrita y explicada por la escuela positivista inculca en la colectividad el fatalismo y en el individuo el descreimiento con el escepticismo. A contener tales estragos va dirigido el celo del Pontífice, condecorador como pocos de la sociedad en que vive. Por esto dice, con sobrados motivos: «cuesta trabajo creer el daño mortal que se hace á la historia, esclava del espíritu de partido y de las movilizadas pasiones humanas. Ya no será dueña y antorcha de la verdad, como con justa razón la definieron los antiguos, sino que adulará los vicios y se hará cortesana de la corrupción.»

III

Cuanto más se medita sobre la carta que nos ocupa, tanto más crece á nuestra vista la trascendencia de los resultados que en el terreno del estudio atesora, si la empresa se acomete con la rectitud de miras, con la generosidad de corazón, y hasta con la independendencia de carácter que el Pontífice aconseja, y de lo cual está él mismo dando un ejemplo digno por cierto de ser imitado por los que, desde las elevadas regiones del poder, contraen compromisos que llevan consigo tremendas responsabilidades. Para dar al acto toda la solemnidad que demanda y merece su grandeza, y como si no bastara la palabra empeñada por quien es eco, representante y guardador de la verdad, ha nombrado ejecutores de su palabra é instrumentos de su voluntad soberana, para difundir y facilitar los datos históricos en sus mismas fuentes, á tres cardenales que, con los cargos respectivos de Vicecanciller, Bibliotecario de la Santa Iglesia Romana y Prefecto de los Archivos del Vaticano, presentan sobrado testimonio de aptitud. Los nombres de De Luca y Pitra son ya harto

conocidos en la república de las letras; pero ha de admirar á nuestros lectores lo que vale el más obscuro, el hasta ahora menos conocido de los que tal confianza han merecido del sabio Pontífice. El cardenal Hergenroether es joven, muy joven: es otra de las pruebas de que la verdadera democracia está de asiento en la Iglesia Católica, ya que desde una modesta cátedra de Seminario fué ascendido á la altísima dignidad cardenalicia. Autor de una *Historia general de la Iglesia*, que, como nadie ignora, es la obra más difícil de la literatura histórica, encanta al lector por lo vasto del plan, la lucidez en la exposición, apreciación exactísima de los hechos, delicadeza de pulso al tocar los asuntos más candentes; y sobre todo esto por una erudición, un conocimiento práctico de las fuentes históricas en sus variados matices, que aturde; y para la cual, no sólo no parecen suficientes los veinte años empleados en su confección, pero ni siquiera la ya famosa longevidad de los hijos del claustro y la de los Padres del desierto. Es uno de aquellos libros, de aquellos contadísimos, la ponderación de cuyo mérito y de cuyo valor exceden á las alabanzas del crítico, y que obligan al lector á formar juicio por sí mismo, tomándolos en sus propias manos, leyéndolos y rele-yéndolos. Capítulo aparte merece la obra del sabio Cardenal alemán, de la cual se ha dicho con razón sobrada que es el monumento de más estima que se ha levantado á la historia en este siglo.

Si esta tarea de reconstrucción histórica se recomienda por sí misma, aun prescindiendo de que es un Papa quien la inicia, y son tres sabios de primera talla sus cooperadores, y se recomienda por sí misma, porque no necesita recomendación lo que tiene por objeto reivindicar los fueros de la verdad apoyados con pruebas fehacientes en contra de las declamaciones de la mala fe y la cobardía de la injuria, ¿se conseguirá el fin que desea? Dice el Pontífice: «Ya que la Iglesia ha merecido siempre bien de la ciencia histórica, la corresponde continuar en esta estima, tanto más, cuanto la razón de los tiempos que alcanzamos le impone semejante honor; pues ya que el enemigo saca sus armas del arsenal de la historia, es necesario que la Iglesia combata con las mismas armas, y que allí donde el ataque es más violento redoble el esfuerzo para rechazar los ataques con más valentía.» Es cierto que la dolencia que se trata de curar ha llegado hasta la gangrena; es cierto que los estragos producidos son desastrosos; pero no lo es menos que lo que acaba de hacer el augusto anciano de Roma formará acontecimiento en los anales de los estudios progresivos de la humanidad; no es menos cierto que, hasta la hora presente, nadie ha contestado á la preciosa obra del P. Leonetti titulada *Papa Alessandro VI secondo documento e carteggi del tempo*. Obra tan valiente como bien fundada es un mentís solemne á todas las calumnias que hasta hoy se han amontonado sobre los Borgias; y nadie, que sepamos, ha tenido valor ni armas para contrarrestar datos con datos, fechas con fechas, la defensa de tan asendereado Pontífice, *il piu oltraggiato de suoi successori*, ni siquiera ha levantado en contra su voz, ni movido la pluma el autor de los *Recuerdos de Italia*, de quien se ha dicho, con sabroso donaire, que dice cosas hermosas cuando habla distraído, y de quien espera todavía contestación á los cargos que con motivo de la aparición de aquel libro le hizo en su tiempo el que esto escribe. Nadie ha osado, ni intentado siquiera, refutar el folleto escrito con el título de *I Papi et i vespri Siciliani*; lo cual ha confirmado una vez más, según observa la carta pontificia, que «es excesivo el número de los que quieren que las memorias de los tiempos pasados sean cómplices de la calumnia; de lo cual se ha dado ahora una prueba en Sicilia, cuando con ocasión de cierto histórico y sangriento suceso se han

lanzando contra la honra de nuestros antecesores groseras invectivas, que se han dejado consignadas á perpetuidad y groseramente en ciertos documentos.»

¿Conseguirá León XIII el objeto que se ha propuesto? En el terreno de la lealtad, de las miras elevadas y de la pureza de intención, tarde ó temprano rinden sus armas las prevenciones del rencor, las suspicacias de la mala fe y hasta las tradicionales resistencias de la preocupación y de la ignorancia, que es la más dura de las preocupaciones. Ahora bien: la palabra de este Papa es un llamamiento que se hace á los hombres de corazón generoso y espíritu levantado, en nombre de la verdad, de la justicia y de la honra de la historia, por quien, en las esferas de la diplomacia, el derecho político, de la filosofía, del dogma, de la piedad y de la historia, en los contados años que lleva en el gobierno de la Iglesia, se ha conquistado y ha hecho resplandecer de nuevo en la tiara que ciñe la triple corona de soberano, de santo y de sabio. Descansamos en la seguridad de que al fin el estudio y el sentido común harán que llegue pronto el día de las grandes reparaciones. «Porque, dice, la empresa merece en efecto nuestro estímulo y protección, y de ella esperamos conseguir grandes resultados. Es de necesidad que los juicios de la opinión tengan que ceder á los argumentos convincentes que se la ofrecen; y así la verdad, destruyendo los perseverantes esfuerzos que contra ella se dirigen, triunfará: que si puede ser velada por un momento, no puede jamás extinguirse.»

Entretanto, y con ocasión del aniversario de la liberación de Viena, por las fuerzas cristianas contra los turcos, *La Civiltà Cattolica*, *La Perseveranza di Milano*, *Moniteur de Roma* y *L' Osservatore Romano*, han empezado ya á publicar documentos que vindican la verdad injuriada; la *Revue des questions historiques* va á entrar en discusiones dignas del saber de sus redactores, y van á escribirse manuales de historia para que la generación que crece beba en fuente cristalina, y no en charcos en cuyo fondo se rebullen venenosos parásitos, y cuya superficie despide hedor nauseabundo. Y véase cómo se expresa la prensa italiana en sus matices más avanzados, opuestos á todo lo que tenga relación con el Vaticano: «Publicamos hoy íntegra la carta de León XIII sobre las investigaciones históricas concernientes á las relaciones de Italia con el Pontificado. — Oramos así porque creemos que este documento tiene grandísima importancia.» *Il Diritto*: «Esta carta permanecerá como un documento histórico de alta importancia, aun para aquellos que no están de acuerdo con el Papa en las cosas que expresa.» *La Nazione*: «El documento pontificio tiene una grandísima importancia, no sólo por los estudios que se refieren directamente á las ciencias históricas y político-eclesiásticas, sino también para el Pontificado y el porvenir de la Iglesia. Su forma es digna del siglo de oro de la latinidad clásica. León XIII acepta el reto que desde hace largo tiempo arroja la civilización moderna al Pontificado. Baja á la arena, en que se encuentra sus adversarios, y se apresta á combatirlos con sus propias armas.» *Gazzetta d' Italia*: «Las quejas del Padre Santo sobre la falsa dirección dada en nuestras escuelas á los estudios históricos son justas y bien fundadas. La educación, que es fruto

de esta dirección, es peor que la ignorancia. En realidad no puede haber verdadera educación sin desarrollar en el corazón de los niños los sentimientos de la divinidad, sin los cuales el hombre no puede vivir ni prosperar. No nos oponemos á lo que dice León XIII cuando encarga para las escuelas nuevos manuales que respeten la verdad sin peligro para los niños, y que tengan más precisión en los hechos históricos.» *La Resegna*: «Cuando los hechos y documentos del Pontificado de León XIII hayan pasado al dominio de la historia, el mayor elogio que los hombres imparciales deberán tributar al Papa será el de haber tenido un perfecto conocimiento de su tiempo. Justo es reconocer que no ha habido un solo Pontífice, aun en los tiempos en que la Iglesia tenía tanta parte en la organización política de los pueblos, que se haya acercado tanto á la sociedad civil, sacrificando á la fuerza de las circuns-



SAN JUAN EVANGELISTA.

(Cuadro de Alonso Cano.)

tancias todo lo que se puede sacrificar sin atentar á los dogmas.» *La Gazzetta Italiana*: «¿Por qué presta la prensa no clerical tanta atención al último documento emanado del Vaticano? ¿Por qué lo discute seriamente, cuando antes no lo hacía así? Es que el Papa actual ha adoptado puntos de vista que no pueden menos de atraer la atención de los que dirigen las sociedades modernas. León XIII acepta la lucha en el terreno en que se le presenta, y anima á sus correligionarios á que hagan lo mismo. La Santa Sede estaba á la defensiva y ha tomado la ofensiva. Como adversario es más temible hoy que ayer. No deben olvidarlo los que elogian desmedidamente la carta del Pontífice á los Cardenales de la Biblioteca Vaticana.» *Fanfulla*: «Tan propio es de los grandes genios atraer á sus adversarios y obligarlos á hacer justicia.» — B. R. — (*Correo Catalán*.)

MI CABALLO VIEJO

PARA qué quieres ese caballo viejo que tienes en la cuadra, ya no te sirve para nada sino para comer; ¡está tan flacucho y tan raro...! Cuando sales en él todos se ríen y se burlan de tí y de tu jaco; los chicos hacen con él mil infamias cuando se le lleva á darle agua, y él ni aun bríos tiene ya para defenderse.

Así me decía hace poco tiempo mi mujer, labradora honrada y laboriosa á carta cabal, que no solamente cuida de la casa y de la comida de mis criados, sino que entiende también de las faenas del campo, las inspecciona á veces, cuando yo no puedo, me aconseja con acierto en los tratos de granos, y por añadidura es de esas mujeres económicas de quienes se suele decir *que de un cuarto saben hacer*

dos. Pero... ¡Válgate Dios por los *peros*!

Yo creo que lo que dió Eva á nuestro padre Adán fué precisamente de esas manzanas, que en Castilla llaman *peros*. Ello es que todos tenemos nuestro *pero*; y claro es que mi mujer no podía estar sin él. Es en efecto tan económica, que raya algo en avara; y además tiene algunos días un genio tan avinagrado, que si todo no sale á pedir de boca se pone tan arisca, que no hay quien la sufra.

Bien mirado, lo que mi mujer decía era exacto hasta cierto punto. El pobre rocín ya no estaba para nada; y eso que en sus buenos tiempos había sido un excelente potro. Pero, por otra parte, había prestado buenos servicios, hacía muchos años que estaba en mi casa, y... en una palabra, le tenía yo lo que se llama *ley*.

Acuérdome aún cuando viniendo del Casar de Talamanca, al anochecer, me salieron unos ladrones al camino. Tordillo, que así se llamaba mi jaco (con perdón de ustedes), hacía rato que traía las orejas aguzadas, y venía receloso. ¿Qué presagiaba el pobre animal?

A la voz de ¡*alto*! el pobre Tordillo relinchó, y casi antes que yo volviera las riendas adelantándose á mi voluntad, ya había él vuelto grupa, ¡y saltó á todo escape sin necesidad de que yo le aplicara las espuelas, dándome así lugar para afirmarme en mis estribos de celemin. ¡Pobre animal...! ¡Y no era él contra quien saltan aquellos tunos! ¿Le habían de robar á él? ¿Qué más le importaba un amo que otro?

Una descarga vino á saludar nuestra fuga: silbaron las balas por mi alrededor; sentí que el pobre jaco se estremecía; pero el instinto de propia conservación predominaba en mí; apliqué las espuelas de firme, y pocos momentos después estaba fuera de peligro. Esto pasó en mucho menos tiempo de lo que dura el decirlo.

Al llegar á la posada del pueblo inmediato reconocí al pobre Tordillo: tenía un balazó en las ancas. Aun después de curado no volvió á tener sus antiguos bríos; pero quizá me había salvado la vida, y de seguro el bolsillo que llevaba. Mis amigos me aconsejaban que vendiera el jaco; pero yo estaba agradecido y les decía: — Le dejaré que se muera en la cuadra cuando ya no pueda con sus años.

Mi mujer se avenía por entonces con esta idea; pero con el transcurso del tiempo borróse todo recuerdo de gratitud, y principió con su empeño de echar de casa al jaco antes que se muriera de viejo. Un rocín, por malo que sea, nunca está parado en



casa de un labrador. Acarrea el estiércol, lleva las provisiones al campo y á la majada, ayuda á la recolección poco ó mucho, se deja montar por los chicos y las mujeres, que no podrían cabalgar en otros de más bríos; y casos hay en que, conociendo su decadencia, se deja uncir al arado junto con un asno, y siquiera los surcos que con ambos se hacen valgan poco, al fin son surcos, y hechos en tierras que valen tan poco como el rocín y el asno. Cuando ocurre algún viaje no se necesita echar mano de una mula, sacándola de la labor, sino que se hace el viaje en el pobre rocín; y si no se llega en una hora, se llega en hora y media, y se han

llevado los pies alzados del suelo, que no es poco.

Pero estas razones no satisfacían á mi mujer. Para evitar camorras, me fuí á la feria de Alcalá con mi amigo el tío Jeromo, y vendí el jaco por siete duros á unos chalanos: no creía sacar tanto.

De Alcalá nos vinimos á Madrid Jeromo y yo para agenciar en asuntos del pueblo, que nos había comisionado el alcalde. Era un lunes; habíamos andado toda la mañana de oficinas, y convinimos en *aprovechar* la tarde y *quitarnos una cana*, como suele decirse.

¡Maldito aprovechamiento...! Me acordaré toda mi vida de la tardecita dichosa... Convinimos en

llevar la vida del *hombre malo*, y al efecto ir de fonda, pedir un cubierto nada menos que de diez reales, luego á los toros, desde allí al café, y luego al teatro. Era preciso que no supieran este derroche nuestras respectivas costillas. ¡Buena se hubiera puesto mi Colasa si lo hubiera olfateado! Jeromo se echó sus cuentas, y yo acordé pagar el jolgorio del pellejo del pobre Tordillo, haciendo cuenta que lo había vendido en cinco duros. Ello era mentira. ¡Y si lo llegaba á saber la Colasa...! Pero era preciso *quitarse una cana*.

Llegamos á la plaza de toros. A la entrada, con los apretones, me quitaron la petaca y un pañuelo.



LA VIRGEN DE LOS DONANTES.

(Cuadro de Antonio Van Dyck.)

Sería sin querer; porque allí no es de presumir que vaya nadie con malas intenciones. Estábamos Jeromo y yo *entre sol y sombra*, y la cabeza *idem*. Estos fondistas se parecen algo á los boticarios: el vino que nos dieron sabía como la receta que hube de tomar la última vez que estuve malo: al punto se nos subió á la cabeza. Así es que Jeromo y yo gritábamos desde el tendido como unos energúmenos. Estábamos en el cuarto toro: ya llevaba despachados dos caballos, cuando salió un picador con otro jaco. Abrí los ojos desmesuradamente; quise gritar y no pude: Jeromo me pegó un codazo, diciéndome:

— ¡Oyes, Perico, mira tu Tordillo!

Al dolor siguió la vergüenza; á la compasión sucedió la afrenta de que fuí el blanco desde aquel momento: de todas partes llovían pullas sobre mí.

— ¡Eh, buen hombre, con que era de usted ese potro! ¡Qué lástima, en Córdoba se lo hubieran comprado á usted para padre...!

— Diga usted, señor paleta, se puede saber de qué color era el jaco. ¿Los domingos le teñiría usted de verde?

— ¡Tío Pedro... tío Perico...! ¡alce usted la cabeza!

— Poco á poco, caballeros; el señor no es nin-

gún paleta. Se llama Sr. Pedro. Comercia en sardinas, y ha venido aquí á traer la muestra.

Jeromo quiso defendirme; pero lo hizo tan mal, y eran tantos los bufones en el tendido, que sólo consiguió hacer redoblar las cuchufletas.

— Mire usted, Sr. Pedro, qué metido le ha pegado ahora el toro á su jaco: si ha venido usted á ver sus habilidades puede usted estar contento.

— ¡Cómo echa sangre...!

— ¡Quía! se le figurará á usted que es sangre. ¿Cómo había de tener sangre ese matalón?

— ¡Era una cartulina!

— ¡Era una aleluya fina!

Maldecía en mis adentros la hora en que fui á la plaza de toros. En vano cerraba los ojos: aquellos caribes se complacían en hacerme saber lo que yo no quería ver.

— Señor Pedro, abra usted el ojo, que su jaco está ahora en suerte.

— ¡Magnífico puntazo. Me parece que no necesita más!

— Mire usted, tío Perico, cómo lleva el jaco las tripas colgando; ya podía usted bajar á recogerlas!

Por fin mandaron poner banderillas: el picador que montaba en el Tordillo se retiró: con esto descanse un poco, volví á regocijarme, y según que la gente del tendido se iba olvidando de mí principié yo á olvidarme de mi pobre jaco, al cual esperaba no volver á ver. Pero me faltaba apurar las heces de la copa.

Volvió á salir el picador, y salió otra vez en mi jaco: sin duda el contratista dijo que *aún podía tirar*. Con esto principiaron las burlas: no hay necesidad de repetir las. El que más me apuraba era un maldito estudiantón que estaba detrás de mí, y era el que más me aburría con sus ocurrencias.

Habiendo hecho yo una demostración de lástima y sorpresa cuando ví sacar el Tordillo por segunda vez, me oí con aire socarrón:

— Tío Perico, suba usted á pedir el indulto para el jaco: ¿quién sabe lo que aún podrá dar de sí?

— Si, por cierto, para forrar un cofre...

— Ni aun para eso vale, con aquel costurón que tiene sobre los corvejones.

Creyendo yo hacer mucho efecto, dije con rabia reconcentrada:

— Ese costurón es de un balazo que le dieron á ese pobre animal en ocasión en que quizá me salvó la vida.

— Pues, hombre, dijo el maldito pedantón, debió usted hacer que se lo bordaran con hilo de plata.

Esto produjo una explosión de risa. Más me valía haber callado.

Uno que estaba cerca de mí, y que á pesar de su traje de artesano parecía más formal que los otros, me dijo con tono bastante serio:

— ¡Pues no ha dejado usted de ser agradecido con un animal que le salvó la vida!

Estas palabras me hicieron más mal que todas las burlas del tendido, por lo mismo que eran las más exactas y merecidas. Quise responder, ¿pero qué podía yo decir? Mis ideas habían tomado un nuevo rumbo. Hasta entonces me había dominado un sentimiento de rabia: maldecía el momento en que fui á la plaza. Pero desde entonces principié á sentir dolor y tristeza: deploraba el momento en que vendí al pobre jaco. Casi me dieron ganas de llorar. ¡En buen paraje estaba para ello! Abridaba aún la esperanza de que quizá el pobre jaco saliera vivo de la plaza. Estábamos en el quinto toro; pero en esto oí la voz del maldito pedantón que me decía:

— Señor Pedro, el jaco de usted *acabó su misión sobre la tierra*.

En efecto, acababa de caer muerto, y el picador iba por otro: los precisos operarios le quitaban la silla y le ataban al pescuezo una cuerda para arrastrarle después. Una lágrima se asomó á mis ojos: como todos los que había por allí me miraban, mi sensibilidad excitó nuevas burlas y risas.

— Señor Pedro, acompaña á usted en el sentimiento.

— Tío Perico, mañana póngase usted gasa en la montera.

— Que viva usted muchos años para vender sardinas para la plaza de toros.

Ya no pude más. Pegando codazos y pisotones salí de la plaza, ciego de cólera y oprimido de tristeza. La bilis se me había exaltado y me embriagaba. Sin saber adonde ir principié á dar vueltas alrededor de la plaza. En esto llegué á un callejón

donde había varios caballos muertos: acababan de arrastrar allá al pobre Tordillo. Una porción de pilletes vagabundos se entretenían en rematarlo á palos y pedradas. Lleguéme á él, aparté á los chicos, le alcé la cabeza, y le llamé por su nombre. El pobre animal se estremeció, entreabrió los ojos y en seguida hizo un movimiento convulsivo, y los cerró para siempre. Aquella mirada de un pobre animal encerraba una reconvención, una despedida, una queja y un último acceso de dolor y angustia.

¿Pues qué, un animal no siente? Aunque no pueda compararsele con el hombre, al fin tampoco es una máquina. Él siente, él obedece á la voz, se muestra agradecido, y hasta adivina la voluntad de su amo. Dadme una máquina que obedezca á la voz del hombre. El carruaje más perfecto del mundo ¿hubiera adivinado la presencia de los ladrones que el caballo olfateó, ó presagió, con el noble instinto que caracteriza al animal, y se hubiera puesto en fuga, como él lo hizo, adelantándose á mis conatos, y á lo que en mí era en aquel momento, no un deseo, sino también un instinto de propia salvación? ¿Y á él que le importaba el que fuera yo su amo, ó lo fuera alguno de aquellos pícaros? Á mal andar, todo podía ser que lo vendieran para la plaza de toros; y eso era lo que yo había hecho por fin con él.

Los chicos, que habían cesado de maltratarlo, se cansaron bien pronto de esperar: principiaron también á burlarse de mí y de mi tardía é inoportuna sensibilidad. Les amenacé: se me rieron en mis barbas, principiaron á tirarme piedras, con tal furia y con tan infernal algazara de insultos y silbidos, que hubo de echar á correr para librarme de ellos, no sin que me persiguieran y aun me alcanzaran algunas almendras de arroyo.

Cuando volví á la posada me puse á reflexionar sobre las cosas que me habían pasado. Por mi ingratitud con un pobre animal me veía sin él, y además insultado, hecho objeto de irrisión de grandes y chicos, apedreado, y... me faltaba aún otro golpe. Fui á meter la mano en el bolsillo, busqué el resto del dinero en que había vendido al pobre jaco, y no le hallé: sin duda alguno de mis vecinos del tendido me había jugado esta broma, aún más pesada que las otras.

Pensaba divertirme con el precio de mi ingratitud, y llevaba en el delito la penitencia.

¡Ay! queridos lectores, me falta todavía la última parte de ella. ¿Qué dirá mi mujer cuando me vea llegar sin jaco y sin dinero? A bien que ella tiene en gran parte la culpa, por haberse empeñado en que se vendiera el jaco; y pues yo he pagado, ¡y bien caras! mi debilidad é ingratitud, que pague ella también su terquedad y su codicia, con la rabieta que va á tener cuando sepa las burlas que me han hecho y el dinero que me han quitado.

V. DE LA FUENTE.

(De las *Lecturas populares*: año de 1859.)

EL TRIUNFO DE LA CRUZ.

Era una sociedad envilecida,
Al lujo y los deleites entregada;
Degenerada raza de gigantes
De sus gloriosos timbres olvidada;
Tan vil y desgraciada
Cuanto envidiable fuera siglos antes.
Era un pueblo sensual, impuro y vano,
Sumido en la inacción y el abandono,
Y era un señor despótico y tirano
El que ocupaba á la sazón el trono.
Y vió Dios la maldad de aquella gente,
Y lanzó su anatema
Sobre la frente vil del soberano;

Y quiso que su espléndida diadema
Otra frente más pura la ostentara,
Y el cetro de su mano
Otra mano más digna le empuñara.
Mano que armada á conquistarle vino,
Sirviéndole de escudo y de baluarte
La Santa Cruz del Redentor Divino,
Grabada por blasón en su estandarte...
Cristo y Belial á combatir salieron,
Las legiones del César desmayaron,
Y los soldados de la Cruz vencieron,
Y en triunfo su bandera pasearon,
Y á un nuevo rey los pueblos saludaron,
Y á un nuevo Dios altares erigieron.

—
Cuando el sol de la paz hubo brillado
Con el hijo inmortal de Santa Elena,
Estableció en el mundo su reinado
El Hijo de la Virgen nazarena:
La Cruz coronó el solio
Del monarca imperial, y vencedora
En la cima se alzó del Capitolio;
Y el pueblo aquel, impío y degradado,
Que de anemia moral agonizaba,
Adquirió por la fe regenerado
La fuerza y el vigor que le faltaba.
Postróse ante la Cruz rendidamente,
Y la sangre del Dios crucificado,
Que del madero santo destilaba,
Lavó, al caer sobre su impura frente,
El sello de ignominia que llevaba;
Y un mundo nuevo fué, que floreciente,
En heroísmo y en virtud fecundo,
Como surge la luz en el Oriente
De las ruinas surgió del viejo mundo.

—
¡Oh! Vosotros, los sabios reformistas
De nuestras sociedades;
Los que halláis de mal tono
Ver la Cruz redentora,
De nuestra fe y creencias en abono,
En las torres brillar de las ciudades
Y de nuestros monarcas sobre el trono;
Los que odiáis las sublimes enseñanzas
Y las santas verdades
De nuestra religión, porque condenan
De vuestra torpe vida las maldades:
Decid: ¿Cómo se salvan las naciones
Sin acudir á Dios? ¿Cómo se enfrenan
Los brutales instintos de la plebe,
De los grandes las locas ambiciones
Y el incesante hervir de las pasiones
Que el lodazal del corazón remueve?
¿Y cómo se hace justo y virtuoso
A un pueblo en los placeres enervado
Y en la abyección sumido,
A todas las pasiones entregado
Y por todos los vicios consumido...?
¡Ah! que el antiguo mundo,
Que de viejo y decrepito moría,
Por la Cruz se salvó tan solamente.
Sólo el brazo de un Dios omnipotente
Puede dar nueva vida á un moribundo
Y alzarlo de su lecho de agonía.
¡Por la Cruz se salvó! Cuando los pueblos,
Como en la edad presente,
Llegan al postrer grado
De infamia y corrupción; cuando en su frente
El estigma del mal llevan marcado,
Y se ha perdido ya toda esperanza
De alzarlos de su estado miserable,
Y arrastran una vida detestable
Que está pidiendo al Hacedor venganza,
Entonces, si queréis regenerarlos,
Presentadlos la Cruz: no hay otro medio
De volverlos al bien y de salvarlos.
Presentadles la Cruz. Si no la adoran,

Es la señal más cierta, es el aviso
De su reprobación más evidente...
¡Maldito fué Luzbel porque no quiso
Ante el Dios de la Cruz doblar la frente!

Para este siglo necio,
Siglo que adora la materia impura
Y á Dios insulta con brutal desprecio,
Siempre será la Cruz una locura.
¡Oh, locura sublime,
Que al hombre de sus crímenes redime,
Que halla siempre un consuelo
Del alma para todos los pesares,
Que ha poblado de mártires el cielo,
Que ha llenado de santos los altares,
De paz y bendición nuestros hogares
Y de virtud y santidad el suelo...!
¡Ah! Si un día el Señor de las bondades
Irritado nos mira
El desenfreno al ver de las pasiones,
Y en el horror que la maldad le inspira
Determina oprimir á las naciones
Con el peso tremendo de su ira,
La Cruz será la celestial divisa
De los hijos de Dios; el santo emblema
De alianza y de paz, que de su frente
Alejará el durísimo anatema;
El signo de amistad con el Dios fuerte,
La sangre misteriosa del cordero,
Ante la cual el ángel de la muerte
Envainará su ensangrentado acero.

¡Soldados de la Fe, santos atletas,
Valientes y entusiastas campeones
De la causa de Dios! Alzad ufanos
Y mostrad con valor en vuestras manos
El Lábaro triunfal á las naciones;
No os asuste el poder de los tiranos;
Que esta enseña del Rey de los cristianos
Ondée sobre vuestros escuadrones,
Y á su sombra bendita
Invencibles serán vuestras legiones.

No triunfó por las armas Constantino,
Ni por sólo el valor de sus soldados
Logró abrirse, entre ejércitos armados,
Al trono de los Césares camino.
Triunfó porque la Cruz le cobijaba
Mientras él combatía,
Y amorosa sus brazos extendía
Sobre los fuertes que él acaudillaba.
Por este signo vencerás, le dijo
El Dios crucificado,
Mostrándole su Cruz; y él animoso,
En la promesa celestial fiado,
Al combate marchó fuerte y brioso.
Y en vano el paso á la ciudad eterna
En dobladas hileras le cerraban
Las apiñadas huestes de Majencio,
Que el imperio del mal simbolizaban;
Porque al eco del nombre victorioso
Del Dios de las batallas,
Que las cervices más altivas doma,
Como edificio viejo y carcomido
Que al empuje del viento se desploma,
Cayó en las aguas del undoso Tíber
La tiranía dominante en Roma.
Con el laurel del triunfo coronado
El ínclito guerrero,
Por el poder del Lábaro sagrado
Más que por la pujanza de su acero,
Logró subir las gradas de aquel trono
Que hizo temblar al universo entero.

¡Ea, nobles hermanos!
Vosotros, los ilustres campeones,
Los invictos atletas,
Los fuertes de Judá, ¡marchad ufanos
A la sagrada lid, que en vuestras manos
La salvación tenéis de las naciones!

CAROLINA VALENCIA.

LOS NUEVOS SANTOS CANONIZADOS



OMAMOS de una correspondencia de Doña Emilia Pardo de Bazán los siguientes pormenores sobre los Santos jesuitas canonizados por Su Santidad León XIII.

I

SAN ALONSO RODRÍGUEZ.

Hay que empezar por decir *quién no fué* este santo, antes de decir *quién era*, y así evitaré un error en que fácilmente se incurre. San Alonso Rodríguez no fué su homónimo el insigne y suave escritor místico, autor del *Ejercicio de perfección*, también jesuita, también español, también declarado venerable y nacido en el mismo siglo, á cuatro años de distancia. El que va á subir á los altares es una criatura humilde, un pobre lego ó *coadjutor temporal* de la orden, que vió la luz en Segovia en 1530, de modesta familia de tenderos. Cuéntase de él que cuando muchacho profesaba gran devoción á la Virgen, y un día le habló así cándidamente. — Te amo, Señora, ojalá me amases tanto á mí. — Y que la Virgen le respondió al punto: — No, hijo; aún te amo yo más. — Enviado á cursar á Alcalá, antes de que terminase los estudios murió su padre, y la madre le llamó á Segovia para que se hiciese cargo del comercio. Allí casó, dice el expediente, con doncella honestísima; pero la perdió en breve, y después al niño, fruto de su enlace; entonces sintió la vocación de jesuita. Transcurridos unos días de vida penitente, Alonso tuvo cierto sueño: vió un coro de Santos, entre los cuales sobresalía Francisco de Asís. Alonso lloraba, y Francisco le preguntó por qué: — ¿No he de llorar — respondió el buen mercader segoviano — si tanto he ofendido á Dios, y por ofenderle una sola vez tendríamos de llorar la vida entera? — La historia refiere sus penitencias y austeridades terribles en el convento de Mallorca, las sequedades y tentaciones que le afligieron, y cómo, antes de morir ejemplarmente, á los 87 años de edad, se le aparecieron Cristo y su Madre. Cuenta asimismo al pormenor las milagrosas é instantáneas curaciones obtenidas por mediación suya el lento curso del expediente de canonización, conducido con el pulso y reflexión que es de rigor en semejantes casos. Primero la declaración de las virtudes teologales y cardinales en grado heroico (1760), la beatificación (1825), los nuevos y recientes prodigios que por su intercesión se han obrado (1863), y al cabo el triunfo del humilde lego.

II

SAN PEDRO CLAVER.

.....Fué un propagandista, un apóstol, un gladiador del Evangelio. Nació en Verdú (Cataluña) en los últimos años del resplandeciente siglo XVI, el siglo de los grandes Santos españoles. Sus padres eran hidalgos y le educaron con esmero. Estudió en Barcelona y atendió lecciones de filosofía en las aulas mallorquinas. Dios reveló por medio de una visión al escritor místico Alonso Rodríguez la gloria reservada á Pedro Claver, el cual ingresa en la Compañía de Jesús el segundo año del siglo XVII. En

1610 le escoge para las misiones del Nuevo Mundo el Padre Acquaviva, Superior de la Orden, y desembarcaron en Cartagena de América el mismo año. Claver ve y toca con sus manos redentoras y compasivas la horrible llaga de la esclavitud, el negro vendido y tratado peor que las bestias, y sus entrañas se estremecen de piedad. Consagra su vida al alivio de tanta miseria, dedicándose á predicar, convertir, enseñar, consolar y socorrer á los esclavos. Bautiza en persona á más de 340.000; y si, pensando piadosamente, admitimos que siquiera la décima parte de los bautizados por el Apóstol catalán logró entrar en el cielo, bien puede Claver decir que no se presentó ante Dios con las manos vacías.

En el puerto de Cartagena fondeaban diariamente las naos que hacían el tráfico de esclavos; y no bien el Apóstol tenía noticia de su llegada corría á exhortar igualmente á víctimas y verdugos. Enfermero incansable, asistía esas pestes espantosas, esos padecimientos repugnantes de las razas oscuras y de los climas cálidos, y el pueblo oía como á un profeta y respetaba como á un rey al jesuita extenuado por las maceraciones, los cilicios, los ayunos, los azotes y las sobrehumanas fatigas de un apostolado heroico. Así tuvo Cartagena de Indias su San Francisco Javier; y cuando Pedro se rindió á tantos trabajos, los negros escoltaron, gimiendo, su cadáver, que quedó después de la muerte flexible, fragante, con apariencia de vida. Poco diré del expediente de canonización de este justo, á quien nadie regateará la corona. Despacioso como todos, en él se lee repetidas veces la frase sacramental: *causa siluit*. La beatificación de Claver, anunciada en 1850, no se efectuó hasta 1857. Ahora va á recibir aquí el lauro que Dios le tiene otorgado hace tiempo.

III

SAN JUAN DE BERCHMANS.

Puede clasificarse refiriéndole al tipo ascético de los Luises Gonzaga y Estanislaos de Kostka. Es uno de esos mustios y lánguidos lirios crecidos á la sombra, que se deshojan antes de tiempo; una de esas infancias graves, silenciosas, que terminan en lírica y virginal adolescencia y en muerte prematura; uno de esos niños que ni lloran ni ríen, que ayunan, que rezan antes de tener uso de razón; uno de esos seres que pasan como apariciones, sin tocar al polvo de la tierra. Descendió á ella en 1599, en Diest, ducado de Bravante. Dicen sus biógrafos que era muy lindo mancebo; que en la iglesia parecía un ángel; que su modestia pasaba de raya, y que sus confesores no le vieron incurrir jamás en pecado alguno, ni venial siquiera. Su vocación á la Compañía de Jesús se determinó leyendo la vida de San Luis Gonzaga, modelo de perfección ideal propuesto á la juventud por el espíritu de San Ignacio. A los diez y siete años entró Berchmans en la orden, y al punto le enviaron á Roma á que estudiase filosofía. Y en el Colegio Romano testifican todos de la admirable pureza con que vivió, hasta extinguirse dulcemente á los veintitrés años de edad, como si se hubiese asomado á las puertas de la vida, y asustado de sus combates se acogiese al yerto regazo de la muerte.

Poco antes de espirar tomó en su mano el Crucifijo, el rosario y las constituciones de la Compañía, exclamando: «Estas tres cosas me son caras, con ellas muero contento.» El último año de su existir, San Juan Berchmans, estudiante aplicado y asiduo, se complacía en escribir máximas, pensamientos y reglas espirituales; de ellas entresacó algunas, y prueban, en mi opinión, que aquella alma seráfica, inmaculada cual el ampo de la nieve, sentía con miedo el reprimido hervor de la pasión juvenil.

- « Nada debo evitar con tanto esmero como el ocio, la melancolía y la familiaridad.
 — Cuanto causa inquietud, viene del diablo.
 — Si no me hago santo mientras soy joven, no lo seré nunca.
 — Seré opuesto al mundo en todas las cosas.
 — Hacer mucho y hablar poco.
 — Que lo dulce te sea amargo y lo amargo dulce.
 — Teme que por tu negligencia te quite Dios la ternura del alma y te deje insensible.
 — Sé avaro y mercader espiritual.
 — Los sábados he de lavar platos en la cocina á honra de la Santísima Virgen.
 — La conversación de los tibios debe huirse como mal contagioso; la vista de la mujer como la del basilisco.
 — La bestia tiende por instinto á conseguir sus fines, y tú, alma mía, ¿necesitas estímulos tan grandes! »

Bienaventurado Berchmans, ora por nosotros. Estamos en lo más recio de la batalla, y vaya si necesitamos estímulos. Bienaventurado Berchmans, amarillenta rosa claustral, déjanos respirar tu desmayado perfume. »

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Los Salesianos de Europa, además de varias composiciones latinas é italianas, han enviado á la Exposición Vaticana un centenar de volúmenes, trabajo de su tipografía y librería.

Las Asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús, las Hijas de María, los colegios de niños y niñas de las Misiones de Patagonia, dirigidos por los Salesianos é Hijas de María Auxiliadora, han preparado un *Album* hermosamente dibujado y una carta geográfica que contiene los tres vastísimos valles del Río Negro, Limay y Neuquen y de todo el territorio de la Patagonia septentrional, desde el Río Colorado hasta el Chubut, y muchos trabajos bordados por las alumnas de sus colegios y por las indias recientemente convertidas.

Los Salesianos hablaron del Papa á los salvajes bautizados recientemente, y también de la necesidad de unirse al mundo católico para presentarle el homenaje de reconocimiento enviándole objetos y trabajos de su industria primitiva. Y he aquí que en poco tiempo se recogieron preciosas y finísimas pieles de guanaco, cuadrúpedos rumiantes de la grandeza del ciervo, sin cuernos, y con finísima lana blanca y bermejiza; dos hermosísimos y finísimos tapetes de colores variados, formados con varias pieles y plumas del pecho de avestruz americano; una blanquísima y rara piel de cisne patagónico, industriosamente trabajada, con muchos dibujos y cosida con los tendones de los mismos animales que los patagones cogen con la famosa *Boleadora*. Una especialmente, más hermosa por su finura y dibujo, está destinada para ponerla debajo del escritorio del Santo Padre. Son trabajos de los indios pampas que habitan el Valle del Río Negro y de los Thehuelches, que viven en las orillas del Río Santa Cruz en la Patagonia meridional.

Hay también otros tejidos de la misma lana de guanaco, que hilan las indias, tiñen con hierbas y tejen sobre un telar de palos y banquetas, que manejan con mucha lentitud y paciencia.

Una colección de preciosos objetos de plata, entre los cuales figura una taza, trabajada con martillos de piedra, y que perteneció al cacique Shayuhueque, en un tiempo el dueño más rico del desierto; un juego de estribos macizos de pura plata con estremitas del mismo metal y una brida de cuero adorna-

da con cascabeles de plata. Este trabajo revela la natural industria del indio araucano de Chile, acostumbrado á comunicar con sus vecinos de las cordilleras argentinas. Otra colección muy variada de collares formados con cuentas de plata, engarzadas muy curiosamente; adorno que las niñas indias suelen llevar colgado al pecho, en los pulsos y pies; pendientes, sortijas y alfileres, todo de plata.

Hay también un idolito ó amuleto que los salvajes llevan colgado al cuello para granjearse el cariño del mal Espíritu ó Gualichu, piraguas ó canoas, arcos, flechas, arpones, cuchillos, trabajos de junco, etcétera, etc.

BIBLIOGRAFÍA

Galería de Matrimonios, por Carlos Frontaura. 3.^a edición, ilustrada por E. de Lacerón. Tomos I y II. — Madrid, 1888. Im. de R. Fe.

Muchos años hacía que, agotados los ejemplares de la *Galería de Matrimonios*, de Carlos Frontaura, el público, que tan apasionado es á las obras de dicho escritor, no podía saborear los primores de observación y la gracia de los tipos elegidos por aquél para presentarlos al mundo, llevando en sus páginas el regocijo á todas las casas. La nueva edición de esta obra, aumentada muy considerablemente, se presenta á la vez ilustrada con numerosas viñetas, llenas de intención y de vis cómica, como correspondía á la obra de Frontaura.

El festivo autor de tantos libros y comedias; el que durante largos años supo sostener sin decadencia alguna publicaciones festivas y morales, hace en su *Galería de Matrimonios* un verdadero derroche de observación, de fina sátira y hasta de sentimiento. Escritor realista, reproduce con su pluma los modelos que el vasto panorama del mundo le ofrece, pasando rápido por lo que no se debe profundizar, deleitándose en cuanto encierra lecciones morales, y manejando como nadie esa nota cómica que no arranca de retorcer un concepto, sino que brota natural y espontánea de su misma observación. La *Galería de Matrimonios* no es, no puede ser desconocida para nadie: sus personajes viven á nuestro lado, los vemos agitarse diariamente; no se llaman de fijo como el autor los nombra; no tienen acaso todo el detalle del retrato, pero sí la exactitud del tipo. Abrir la *Galería de Matrimonios*, y recorrer sus páginas, equivale á pasar un rato contemplando las rarezas de un album de fotografías; y así como no hay dos personas idénticas, tampoco hay dos tipos que en el libro lo sean. Virtudes y vicios, errores y manías, todo cuanto puede prestar carácter á un individuo se halla admirablemente utilizado por Frontaura, que ha sabido pintar sus personajes y animarlos después con un soplo de vida. El desfile de matrimonios es animadísimo cuadro, en que las figuras se suceden, arrancándonos algunas veces una lágrima, muchas una sonrisa, siempre un aplauso. En unión de *Las Tiendas*, tantas veces agotadas como impresas, y de *El Caballo Blanco* (cuya nueva edición ahora se prepara, y que es tal vez la obra más alegre y realista del autor); en unión de *Las Madres* y de los *Romances populares*, y de *Los Sermones de Doña Paquita*, el libro recientemente editado forma parte muy esencial del completo estudio de la época, hecho por Frontaura; estudio profundísimo, á pesar de su aparente ligereza, y al que habrá de recurrirse mañana, para estudiar el hoy, como hoy se recurre á las obras de *Figaro* y al teatro de Bretón, para estudiar en el ayer, las ridiculeces del romanticismo y el desarrollo y preponderancia de la clase media en la sociedad española.

Don Carlos Frontaura constituye una personalidad de gran valía en el mundo literario moderno, donde

tan pocas personalidades y tantos imitadores se cuentan; y bien merece cariñosa predilección de la crítica, como ya cuenta con la del público, quien, siendo autor de tan considerable número de obras, no tiene en todas ellas una sola página de que arrepentirse.

Madrid Viejo. Crónicas, avisos, costumbres, leyendas y descripciones de la Villa y Corte en los siglos pasados, por Ricardo Sepúlveda. Con un prólogo de Pérez de Guzmán y cuatro palabras de Julio Monreal. — Madrid, 1887. Imp. de Fernando Fe.

Durante la última quincena ha llamado poderosamente la atención de todos cuantos han fijado su mirada en los escaparates de las librerías la cubierta en vitela, artísticamente grabada, de un nuevo libro del fecundo y notable escritor Sr. D. Ricardo Sepúlveda.

El título de la obra, y la oportuna alegoría estampada en la cubierta, han sido el cebo con que el autor ha conseguido vender casi por completo, en brevísimos días, la primera edición de su *Madrid Viejo*.

Los usos, las costumbres, las modas de nuestros antepasados, nos preocupa sin duda alguna más que cuanto nos refieran de asuntos sociales de otra cualquier época; y la habilidad de escoger estos asuntos para el de su obra ha sido la primer oportunidad del Sr. Sepúlveda.

La vida novelesca, hasta cierto punto, que hacían los cortesanos de la monarquía del Rey poeta; los escondrijos, como las posadas secretas, en que abundaba la corte; los rasgos característicos de las tan celebradas gradas de San Felipe; los detalles de la vida palaciega; las ingeniosidades de los escritores más famosos de la época del Rey Don Felipe IV; las intrigas y amores y enredos que se sucedían continuamente entre los bastidores humildes del teatro de la Cruz y del Corral de la Pacheca; las fiestas de cintas y corridas de toros que en la Plaza Mayor se celebraban en días de grande festividad y obligado regocijo; los refinamientos de las costumbres de la linajuda aristocracia de entonces; todo, en fin, lo que constituía el diario de la vida madrileña, en la época citada, ha sido hábil y cuidadosamente recopilado en el libro *Madrid Viejo*, con tal suerte, que teniéndole en la mano y ante la vista se transporta el lector á los tiempos en que, si bien no había la luz eléctrica, ni los tranvías circulaban, ni los coliseos lucían aterciopelados asientos, ni en los Cuerpos Colegisladores se discutía, en cambio brillaban los ingenios de Goya, Jovellanos, D. Ramón de la Cruz, Villamediana, Quevedo, Lope de Vega, Conde de Benavente, etc.; las costumbres eran más sencillas; los estudiantes estudiaban; la ronda de pan y huevo servía de tanto como nuestros organizados Cuerpos de Seguridad; la fe vivía en todos los corazones; el talento era recompensado; las modas más comprensibles, y España figuraba al frente de todas las naciones en cuestiones literarias y achaques artísticos.

El Sr. Sepúlveda ha necesitado para escribir su *Madrid Viejo* revisar manuscritos, descifrar códigos, examinar toda clase de escritos de dos siglos á esta parte, y tener el tacto suficiente para publicar lo publicable y dejar olvidado lo que no merece sino el olvido.

Acompañan al tomo una numerosa colección de láminas originales de Comba, quien apartándose del trabajo de pura actualidad, como es al que está consagrado, ha sabido buscar el tono pintoresco de la época retratada por Sepúlveda; completando de este modo una obra digna de ser leída por cuantos á la tradición tienen apego, á la vida de sus mayores cariño, y aplauden la erudición y el trabajo de cuantos resucitan en los suyos épocas gloriosas de la vida española.



Fiestas en celebradón del Jubileo Sacerdotal de León XIII Papa-Rey, por D. León Carbonero y Sol, director de *La Cruz* y decano de la prensa católica. Madrid, 1888, imp. de los Sucesores de Rivadeneira.

Interesantísimo es el trabajo realizado por el Sr. Conde de Carbonero en su acreditada revista, y digno de toda gratitud el recuerdo que ha tenido para sus amigos, haciendo imprimir un corto número de ejemplares de lujo para regalar á los mismos.

He aquí el sumario del libro, con lo que queda hecho su mejor elogio:

Dedicatoria. — Advertencia preliminar. — Reseña de los trabajos para la celebradón del Jubileo Sacerdotal. — Iniciación del pensamiento. — Exposición del programa de celebradón del Jubileo. — Creación de la Comisión promovedora. — Comunicación al comendador Acquaderni. — Su aceptación. — Peregrinación espiritual para iniciar los trabajos. — Resultado feliz de esta peregrinación. — Preces que la Comisión promovedora dirigió á Su Santidad. — Breve de Su Santidad á la Comisión promovedora. — Acogida del proyecto de celebradón del Jubileo. — Constitución de la Comisión promovedora. — Aceptación del Cardenal Schiaffino para la presidencia honoraria. — Circular del Presidente á los Obispos. — Extracto del reglamento de la Comisión promovedora del Jubileo. — Acogida del Episcopado y fieles á la invitación de la Comisión promovedora. — Actos y medios designados para la celebradón del Jubileo. — Exposición Vaticana y su reglamento. — El local para la Exposición. — Grandiosidad de la Exposición Vaticana sobre todas las que se han hecho en el mundo. — Concurso para la construcción del altar en que Su Santidad ha de celebrar la Misa Jubilar. — Ofrendas para la Misa y asistencia en espíritu á la misma. — Peregrinaciones. — Homenajes y protestas contra la usurpación. — Cuantía de las ofrendas y objetos de la Exposición. — Hechos muy dignos de notarse. — Funciones é iluminaciones. — Celebradón de la Misa Jubilar por León XIII. — Descripciones. — Antes de la Misa. — Entrada del Papa en la Basílica Vaticana. — Celebradón de la Misa. — Celebradón del *Te Deum*. — Bendición papal *Urbi et Orbi*. — Después de la Misa. — Celebradón de la segunda Misa Jubilar por Su Santidad. — Catálogo de los Prelados españoles presentes en Roma para la celebradón del Jubileo. — Funciones solemnes y oficiales en la Catedral de Madrid-Alcalá y demás iglesias. — Inauguración de la Exposición Vaticana. — Mensajes de felicitación á León XIII. — Del Episcopado español. — Del Duque de Madrid, jefe de la casa de Borbón. — De Isabel II. — De la grandeza española. — De la Orden militar de Santiago y Alcántara. — De los jefes de los diferentes partidos políticos liberales de España y sus hombres más notables. — De los escritores españoles. — De los Catedráticos y Doctores de las Universidades de España. — De los alumnos de las Universidades. — De la Juventud Católica. — Del Emperador de Rusia. — Del Shah de Persia. — Del Kediye de Egipto. — Del Rey de Dinamarca. — Del Rey de Rumanía. — De la Princesa Hohenzollern. — Del Duque de Cumberland. — Del Episcopado y católicos de Irlanda. — De la Comisión germánica. — De las autoridades civiles, eclesiásticas y pueblo del Cuzco (América). — De la República de Colombia. — Del Congreso republicano del Ecuador. — De los Choctowes de Nesboh (Mississippi, Estados Unidos de América). — Acuerdo por aclamación del Congreso de Jurisconsultos celebrado en Montpellier. — Catálogo de los Emperadores, Reyes, Príncipes, Presidentes de República y otros jefes de Estado que han enviado á Su Santidad Embajadores extraordinarios, regalos y felicitaciones. — El Jubileo Sacerdotal de León XIII y el laicado católico. — Recepción de Su Santidad á los Obispos españoles. — Idem á los peregrinos españoles. — La peregrinación española y el Jubileo sacerdotal. — Recepción de Su Santidad á los Comités organizadores del Jubileo. — Idem al enviado extraordinario del Emperador de Austria. — Idem al enviado extraordinario de la reina Victoria de Inglaterra. — Idem al de la República de Colombia. — Idem al Gran Maestre de Malta. — Idem al Príncipe de Montenegro. — Idem al Rey de Grecia. — Idem al Embajador extraordinario de España. — Idem al Colegio de Cardenales. — Idem al enviado extraordinario del Rey de los belgas. — Idem al enviado extraordinario de Alemania. — Idem al Embajador de Francia. — Consistorios para la canonización de Santos en celebradón del Jubileo Sacerdotal de León XIII. — La canonización de los Santos. — Descripción de las fiestas de canonización. — Idem de

la Loggia en que se celebró su canonización. — Reseña de los Santos beatificados. — Papas que han celebrado Bodas de Oro.

Almanaque del Empleado para el año de 1888. — Madrid, 1887. Imp. de Moreno y Rojas.

La mejor recomendación que de este Almanaque puede hacerse es consignar su antigüedad: una obra de esta índole que llega á su vigésimo año puede asegurarse que ha sabido ganar el éxito de que goza. Su actual Director-propietario, D. Restituto Estirado, inspirándose en la marcha que imprimió al Almanaque el fundador D. Carlos Trigo, ha sabido hacer de él una obra de continua y útil consulta para todos los funcionarios de la Administración del Estado, que encuentran condensadas en breve número de páginas, además del Santoral, todas las disposiciones de interés para los funcionarios, un excelente extracto de la legislación de clases pasivas de la Península y Ultramar y una guía del personal administrativo central y provincial.

El libro está cuidadosamente impreso y corregido, como todos los que proceden de la tipografía de los Sres. Moreno y Rojas.

Almanaque Bastinos para 1888. — Barcelona, 1887.

Este Almanaque, con el que la casa editorial barcelonesa de los Sres. Bastinos obsequia anualmente á todas las personas que tienen relaciones con la misma, es un precioso libro, editado con el mayor gusto é ilustrado con numerosas viñetas entresacadas de las publicaciones del establecimiento. En la parte literaria del mismo se ven las firmas de la Señora Pascual de San Juan y de los Sres. Bastinos (Antonio y Julián), Bertomeu, Carderera, Ceballos Quintana, Feliú y Pérez, Feneras, García (P. A.), López Catalán, Mediano y Ruiz, Miró, Puiggarí, Romeo y Valls y Ronquillo.

Almanaque de la Ilustración, para el año de 1888. — Año xv. — Madrid, Imp. de los sucesores de Rivadeneira, 1887.

La empresa editorial de *La Ilustración Española y Americana*, que anualmente obsequia á sus suscriptores con un *Almanaque*, complemento artístico de la citada publicación, y que lo mismo que ella pone de manifiesto las más importantes producciones literarias y las más brillantes manifestaciones del arte, ha dado á la estampa el correspondiente al año de 1888, tan interesante y tan digno de atención como cuantos le han precedido, con serlo éstos mucho. Su texto inmejorable, sus hermosos grabados que, por reproducir generalmente sucesos de actualidad, vienen á compendiar en sí la historia del año transcurrido, el esmero tipográfico que revela y hasta su artística cubierta en cromo, recomiendan este libro, que merece fijamente figurar en el gabinete de todas las casas elegantes, pasando después á enriquecer las bibliotecas de las mismas.

Al pie de los interesantes trabajos literarios en prosa y verso que contiene, figuran las firmas de los Sres. Becerro de Bengoa, Campillo, Cañete, Castro y Serrano, Cavestany, Coello, Esperanza y Sola, Fernández Bremón, Fernández Flores, Fernández Grilo, Ferrari, Frontaura, Landerer, López Carvajal, Mas y Prat, Palacio, Paz, Reina, Salvador de Salvador, Sánchez de Castilla, Sbarbi, Thebussem, Trueba, Velarde y Vidart.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Argamasa barata. — Dice un periódico científico que los arquitectos de París están haciendo uso en la construcción de los edificios de una nueva argamasa ó mezcla, la cual se compone de ocho partes de arena, una de tierra común quemada y pulverizada, otra de ladrillo refractario pulverizado, y ceniza de carbón mineral, y dos partes de cal hidráulica no apagada. Todos estos materiales se mezclan bien en seco, luego se pone la cantidad necesaria de

agua, dejando la mezcla de la consistencia que se quiera, teniendo cuidado de batirla mucho para que quede bien ligada, siendo el resultado una argamasa mucho más sólida, fuerte y duradera que el mejor cemento romano, y la cual se seca y endurece pronto, llegando casi á petrificarse al cabo de pocos días. Para darle mayor consistencia se puede añadir una parte de cemento, y con esta mezcla, que no se cuartea y que es en extremo barata, se han construído varios edificios en París empleándola en los cimientos, sótanos, bóvedas, paredes maestras, etc. Su preparación no cuesta casi nada, y como los materiales que entran en la composición se encuentran en todas partes, el costo es insignificante.

Preparación de liga. — Se hace hervir en agua, durante ocho horas, corteza tierna de acebo, y ya blanda se pone cargada de piedras en una vasija y en sitio húmedo; para que pueda fermentar durante tres semanas. Luego se machaca en un mortero hasta formar pasta, que después de lavada se deja fermentar cinco días más, pasados los cuales está en disposición de usarse como liga para coger pájaros.

También se obtiene del muerdago, planta parásita frecuente en el tronco de los robles, que se recoge y hace macerar con agua por espacio de diez días, machacándola luego hasta formar una papilla, que se pone en un tarro para añadir de vez en cuando agua fresca y removerlo todo hasta que la masa adquiere consistencia bastante.

Tintas de imprenta. — Los barnices se tiñen difícilmente para aplicarlos á la fabricación de las tintas de imprimir, pues casi siempre dan coloridos débiles y sin limpieza, ya que la capa de tinta es tan delgada que aparece como transparente sobre el papel, lo contrario que sucede en la impresión de telas, que absorben la cantidad necesaria de tinta para llegar á la intensidad de color apetecida.

En las tintas de imprenta, el colorante debe mantenerse siempre en suspensión y no en disolución en el barniz, resultado que se obtiene con una molienda perfecta y la oportuna elección de colorantes de gran cuerpo.

Puente de hormigón. — Sobre el canal de la fábrica de Zurlinden y compañía, de Aarar (Suiza), se ha construído un puente exclusivamente de hormigón, moldeado en trozos fuera de la obra. Las dimensiones de los arcos son: luz, 12 metros; peralte, 2; espesor de la clave, 0,5; espesor en los arranques, 1; espesor en los estribos, 3; ancho del camino, 4. Los muros de los tímpanos se elevan hasta el nivel del camino, y sobre ellos hay una barandilla de hierro; el espacio entre los tímpanos está relleno de grava, y encima se ha puesto el firme de la manera usual. El peso total de la obra comprendida entre los estribos es de 197 toneladas, é incluyendo el peso que se supone por el tráfico, ó sea 300 kilogramos por metro cuadrado de superficie de camino, resulta un peso total de 214 toneladas métricas.

El puente se hizo en dos días; en el primero se construyeron los estribos, y en el segundo el arco y los tímpanos. A los dos meses se abrió á la circulación para el servicio público, y desde entonces no se ha interrumpido el tránsito de carruajes, sin que se haya notado desperfecto alguno en la obra.

La luz al través del agua. — Empleando placas sensibles de gelatina bromurada se ha determinado la profundidad hasta la cual obran los rayos solares en las aguas del mar. A la profundidad de 400 metros del nivel de las aguas las placas no sufrieron alteración alguna, á pesar de estar quince minutos expuestas á medio día con cielo claro: situadas á 390 metros experimentaron algún efecto por la acción de la luz, mucho más visible á la profundidad de 350 metros, y á la de 250 metros las placas quedaban completamente ennegrecidas.

NOTICIAS

El artículo *Crónica de la Romería*, que en este número insertamos, lo destinaba su ilustrado autor al del 15; no habiendo podido complacerle por retraso del correo.

En cambio, después de una breve carta de nuestro corresponsal *Juan de Dios*, que renunciamos á publicar por no ampliarse en ella noticias que nues-

tros lectores conocen, no hemos recibido la que nos anunció consagrada á la Exposición Vaticana.

Producen siempre en el ánimo excelente efecto las cuentas que anualmente rinde la Asociación de Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia, demostrando las lágrimas que ha enjugado con las limosnas de sus bienhechores.

La última junta general la presidió el teniente alcalde D. Pedro Fúster, y el secretario D. Antonio del Riego dió lectura á la Memoria-reseña de los trabajos de caridad llevados á cabo durante el año 1887. Hélos aquí:

Socorros en especie suministró la Asociación en cantidad de 83.033 entre los mil ancianos que los reciben cada cuatro días. El valor es de 126.975 reales 85 céntimos.

Los socorros en metálico á domicilio ascendieron á 2.088 reales, repartidos entre 97 familias.

Los socorros para lactancias fueron de 20.880 reales.

Las lactancias satisfechas, 659.

La benéfica Asociación, que atiende con sus socorros á remediar las necesidades físicas, satisface también las morales en sus escuelas, difundiendo la instrucción en el santo temor de Dios.

El número de alumnos matriculados han sido: en la escuela elemental 66 niños y 95 niñas; en la de párvulos 184 y 167 respectivamente. En la sala de asilo para ambos sexos 118. Total, 630.

Para atender á todos estos gastos no cuenta la Asociación de Nuestra Señora de los Desamparados con otros recursos que la caridad de las gentes y la suscripción mensual de los asociados, que no han tenido aumentos en el año último, ni por fortuna sensibles decrecimientos. Sin embargo, aun han producido la suma de 64.123 reales.

La cuestación de Semana Santa produjo 2.425 reales 39 céntimos; las limosnas y legados 41.123 con 16 las primeras, y 4.502,50 los segundos; lo cual prueba que se sostiene la confianza y simpatía de los bienhechores hacia la Asociación. Lo que más produjo fué la cuestación celebrada los días de feria, que ascendió á 55.197 reales 2 céntimos.

La Asociación ha realizado también obras de importancia en la casa social, habilitando un local que guareciese á los pobres cuando esperan su ración; y aunque han faltado recursos, las obras no se han paralizado, atendándose á su coste con una nueva emisión de bonos por la suma de 60.000 reales, no del todo cubiertos.

Resumiendo: de las cuentas dadas resulta que los ingresos por todos conceptos ascienden á la suma de 246.025 reales 15 céntimos, y los gastos á 199.011 reales 54 céntimos, quedando una existencia en 1.º de Enero de 47.013 reales 61 céntimos.

Acaba de construirse en Gerona un hermoso templo, destinado á las Hermanas Josefinas, de mucha severidad y gusto artístico. Consta de una sola nave, cuya base rectangular, hasta las gradas en que se eleva el altar mayor, termina en punto ojival; á los costados se abren cuatro capillas de poco fondo, y en el respaldo se halla colocado el coro en lo alto sin ocupar espacio de la base, aunque robando al templo una pequeña parte de suntuosidad. El ábside y el resto de la nave está sostenida por columnas truncadas con hermosos capiteles de estilo gótico florido, al que pertenece todo el trabajo arquitectónico del templo, y en su truncamiento cartelas combinadas con acierto. El altar mayor, único colocado hasta ahora en el templo, es de madera de cedro, consta de tres cuerpos, y termina en torres formadas por agujas esbeltas llenas de crestería. El hueco del Sagrario está ocupado por la imagen del Sagrado Corazón, pintada al óleo por

el conocido pintor D. Juan Arzave. El arquitecto de Gerona D. Manuel Almeda es el autor de los planos de la iglesia.

La Universidad Gregoriana celebró el día 4 en la hermosa iglesia de San Ignacio de Roma con un pontifical soberbio el Jubileo Pontificio. Más de 700 alumnos, con los pintorescos trajes de respectivos colegios, ocupaban, con muchísimos peregrinos de todos los países, la nave del centro. Veintidós Arzobispos y Obispos veíanse en el presbiterio, y multitud de Monseñores, Superiores de Ordenes religiosas y Rectores de colegios asistieron también á la fiesta. El cardenal Mazzella, que hace dos años nada más enseñaba teología, como simple jesuita, en la Universidad dicha, ocupaba distinguido puesto en el lado del Evangelio mientras celebró la Misa de pontifical su hermano el Arzobispo de Bari. Ambos Mazzellas, Camilo el primero, y Ernesto el segundo, son prez y honra del Episcopado italiano y de la insigne Compañía de Jesús. La función terminó con un solemne *Te Deum* y la bendición que, con el Santísimo, dió el eminentísimo jesuita.

El celoso Sr. Cura párroco de Buñola, secundando con verdadero interés los deseos del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, ha logrado establecer en su parroquia un Círculo de Obreros Católicos, que se inauguró el día 1.º del actual. No podía, en verdad, escoger día mejor para el objeto ni medio más oportuno para conmemorar el fausto acontecimiento que el orbe entero católico con transportes de júbilo solemnizaba.

Conocida es la importancia que hoy tienen estas asociaciones y el desarrollo grande que bajo el Pontificado de León XIII han adquirido. Nuestro Santísimo Padre ha visto cómo la impiedad ha querido en todas partes explotar el infortunio; y á remediar y prevenir este mal ha dirigido sus esfuerzos, recomendando en multitud de ocasiones la formación de sociedades de obreros, muy especialmente en la tan sabia como oportuna encíclica *Humanum genus*.

A pesar del reducido vecindario que Buñola tiene, cuenta el Círculo con 130 socios, siendo Presidente de la Sociedad D. Juan Nogués.

En el vapor *San Ignacio de Loyola*, que zarpó de Barcelona el día 13 con rumbo á Manila, se embarcaron seis religiosos Franciscanos procedentes de Olite, Chipiona y Santiago, que van destinados al servicio de los Santos Lugares. Estos fueron el célebre misionero vizcaíno R. P. Fr. Miguel de Guereca, P. Antonio Zuazo, P. Antonio Andrés, y los Hermanos Fr. José Paz, Fr. Manuel Martínez y Fr. Manuel Rojo.

Á fines de este mes regresará á esta corte el ilustre y sabio Obispo de Madrid-Alcalá Sr. Sancha.

El Rdo. Obispo de Murcia y Cartagena ha dado la cantidad de 2.300 reales para que sea distribuida entre los enfermos pobres de esta última ciudad.

El Emmo. Cardenal Arzobispo de Valencia ha donado de su bolsillo particular 8.000 pesetas para que se repartan entre los establecimientos piadosos de su Archidiócesis.

Razón tienen los librepensadores para tronar contra los Obispos y los Curas por su falta de caridad.

El martes de la semana última fué recibida por el virtuoso Obispo de Málaga una comisión del ilustre Colegio de abogados, que tuvo el honor de entregarle un elegante y lujoso Misal, encuadernado en rica piel de Rusia, con cantonera y broche de plata; testimonio de la gratitud del Colegio por la notable oración sagrada que el sabio Obispo predicó en la

fiesta religiosa dedicada á Santa Teresa de Jesús.

En una de las tapas luce el Misal una hermosa cruz de plata, y en la otra lleva la dedicatoria.

El respetable Prelado agradeció el delicado presente de los abogados malagueños.

Con fecha 2 del corriente escriben desde Manacor al periódico mallorquín *El Ancora*:

«Ayer en el convento de Padres Dominicos de ésta se incendió el nacimiento. Había en una de las capillas contiguas un joven albañil que hacía más de siete meses que, efecto de una fatal caída, no podía dar un paso sin apoyarse en dos muletas, teniendo además alteradas las funciones del estómago é intestinos. Este hombre, pues, al ver el nacimiento en llamas se abalanza á él, salva el niño Jesús, San José y la Virgen haciendo un esfuerzo supremo para no ser víctima del voraz elemento. Cuando hubo puesto á salvo las precipitadas figuras advirtió que se le habían extraviado las muletas, y al propio tiempo, sin darse apenas cuenta de lo que pasaba, vió que se encontraba perfectamente sano, ágil, anduvo, saltó, corrió sin muleta alguna como si en su vida hubiese estado enfermo.

Este es el hecho. Un facultativo ante el que suscribe le reconoció, declarando que está perfectamente restablecido.»

El Gobierno ha tenido á bien conceder permiso de embarque para Filipinas á los religiosos agustinos recoletos P. Fr. Carmelo Ochoa, Fr. Ildefonso Cabanillas, Fr. Eustaquio Sitago, Fr. Manuel Guinillas, Fr. Epifanio Vergara, Fr. Celestino Falces, Fr. Antonio Fernández, Fr. Pedro Corro, Fr. Felipe Cibleri, Fr. Augusto Cadalso, Fr. Maximino Martínez, Fr. Isidoro Músito, Fr. Gabino Arpón, Fr. Gregorio Jiménez, Fr. Justo Calvo, Fr. Eleuterio Peña y Fr. Gregorio Navas.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente.

En Madrid, el organista de la Real Capilla Don Cosme José de Benito, que durante muchos años desempeñó el mismo cargo en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El Excmo. Sr. D. Evaristo Martínez y Cortés, Capellán de Honor de S. M. y Obispo electo.

En Valencia, Fr. José Arazo Andrés y Fr. Mariano Bayarri.

En Pamplona, el Pbro. D. Serafín Arce.

En Lezcano, la Rvda. Madre Sor Hipólita de Santa Ana, Abadesa del Monasterio de Recoletas Bernardas.

A última hora llega hasta nosotros la triste nueva del fallecimiento del Arzobispo de Santiago, señor Guisasaola.

JABÓN REAL VIOLET único inventor 29, Bd des Italiens, PARIS JABÓN VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 429.